

VERA GIACONI

Seres queridos



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

PORTADA
«SURVIVOR»
DUMAS
TASADOR
PIRAÑAS
LOS RESTOS
LIMBO
A OSCURAS
BIENAVENTURADOS
CARNE
REUNIÓN
CRÉDITOS

Y consideró la crueldad de la necesidad de amar. Consideró la malignidad de nuestro deseo de ser feliz. Consideró la ferocidad con que queremos jugar. Y el número de veces en que mataremos por amor.

CLARICE LISPECTOR,
«La mujer más pequeña del mundo»

«SURVIVOR»

Mi hermana está saliendo con un tipo que se hizo famoso por participar en un reality en Estados Unidos. Lo conoció en el café donde ella trabaja, en Los Ángeles, que es donde vive desde que en 2002 me dijo que acá no aguantaba más y se fue. Lo atendió como atendía a todos sus clientes, y cuando el tipo ya se había ido, sus compañeras saltaron a su alrededor y una de ellas le dijo «¿No lo reconociste? Era Ozzy, el de *Survivor*.» Ella nunca había visto el programa (yo tampoco), salvo por algunos episodios sueltos de una de las primeras temporadas, así que mi hermana no entendió en ese momento de qué se trataba todo el asunto de *Survivor* ni por qué sus compañeras podían estar emocionadas por alguien tan rancio como un ex participante de un reality show.

Al día siguiente, Ozzy volvió y mi hermana hubiera querido atenderlo como atendía a todos sus clientes, pero esa vez no pudo reprimir un comentario sobre el libro de tiburones que él estaba hojeando y que ella conocía bien (yo le había regalado ese libro en su cumpleaños de quince; un librero me había dicho que era un clásico, con información dura pero apto para aficionados, y pronto se convirtió en el preferido de ella y en el primero de una colección de veinte títulos sobre el tema). Mi hermana me dijo que había sentido cierta emoción al ver que alguien más en el mundo tenía ese libro, sólo eso, y que su emoción no tenía nada que ver con que ese alguien fuera Ozzy el de *Survivor* porque para ella *Survivor* no significaba nada. Y yo me acordé de una nota que había leído en una revista: los hijos de Ricky Martin recién ahora, que tienen casi siete años, descubrieron quién «es» su padre: «¿Tú eres Ricky Martin?», le preguntaron asombrados después de ver por primera vez uno de sus shows entre el público y no desde un costado del escenario.

O sea que mi hermana no tenía nada que decir sobre Ozzy el de *Survivor*, pero sí hablaba mucho de Ozzy el chico que iba casi todos los días al café y que le parecía irresistible: lindo, con cara de buena gente, sencillo y muy amable. Poco a poco, y a pesar de la timidez de los dos, habían ido encontrando coincidencias y excusas para verse cuando ella salía del trabajo.

Todo lo que mi hermana me había ido contando de él a partir de entonces me hacía pensar que eran el uno para el otro, en especial por el hecho de que las máximas expectativas en la vida de los dos eran alcanzables y eso los volvía personas propensas a ser felices.

Un día mi hermana me dijo que estaba enamorada. Completamente enamorada, dijo. «¿Y él?», le pregunté, preocupada, porque el enamoramiento era un estado que suele dejarla demasiado vulnerable. Ella me dijo que sólo cuando el sentimiento es recíproco una puede estar enamorada y serena al mismo tiempo. Y entonces recordé que el amor también la vuelve un poco cursi.

Yo había googleado «Ozzy» y «Survivor» en cuanto ella me lo mencionó por primera vez. Vi varias de sus fotos, como para hacerme una idea de su aspecto, y leí unas notas sueltas y comentarios de algunos foros para tratar de averiguar qué clase de persona era (sabía que mi hermana jamás haría una cosa así y a mí me parecía un desperdicio no aprovechar la ventaja que nos daba el hecho de que él fuera muy conocido). Me preocupaba un poco imaginar a mi hermana, así como es ella, tan cándida a veces, adentro de la vida de un casi famoso.

Enseguida descubrí que Ozzy era un personaje bastante popular del reality, no sólo un concursante más, que la mayoría de los seguidores del ciclo tenían una opinión sobre él, y lo más extraño: que casi todos opinaban lo mismo, incluso cuando algunos tomaban ciertos rasgos como virtudes y estaban a su favor y otros, por esos mismos motivos, estaban en su contra.

En ese rápido rastreo descubrí también que Ozzy en realidad se llamaba Oscar, que había nacido en Guanajuato, México, y que no había estado en una sino en tres ediciones del programa. Al parecer, después de su primera participación se convirtió en una especie de concursante estrella, un favorito del público, que votaba por él cada vez que los productores del ciclo decidían hacer una temporada especial en la que volvían algunos antiguos «náufragos». Entonces, y después de su primera aparición en *Survivor: Cook Islands*, volvió como parte de *Survivor Micronesia: Fans vs. Favorites* y al final formó parte de la edición *Survivor: South Pacific*.

El premio del programa, que se lleva un único ganador entre los veinte participantes, es de un millón de dólares. Él nunca ganó el premio y sólo la primera vez llegó a la final, aunque en las otras dos ediciones formó parte del «jurado» (el grupo de los últimos siete participantes recién expulsados que debe votar y elegir al ganador). Dos veces, la primera y la última, ganó el premio de cien mil dólares de «Survivor favorito»: el único que se entrega por el voto del público. Al parecer, para la audiencia Ozzy era la máxima expresión del superviviente, y lo premiaban por ser todo un Robinson capaz de trepar árboles como si fuera un mono, de aguantar la respiración bajo el agua por más de tres minutos y de atrapar con un arpón peces de más de un kilo. Además ganaba todas las pruebas físicas a las que debían someterse los participantes para ganar «inmunidad» o «recompensas». Así era como lograba avanzar mucho en el juego, pero al parecer su falta de malicia, su arrogancia y su incapacidad para manipular a los demás y para adelantarse a una traición lo dejaban siempre afuera del gran premio. Claro que todo esto era lo que, para sus fans, lo convertía en el auténtico «ganador moral» del juego. Para sus detractores, era lo que lo volvía un pusilánime atlético y descerebrado. *Survivor* despierta grandes pasiones en el público de Estados Unidos y, en contra y a favor de Ozzy (y de cualquier otro personaje más o menos llamativo), se usaban estas y otras expresiones incluso más entusiastas o crueles.

Un par de veces había intentado que mi hermana me hablara de Ozzy y su experiencia en el programa, y en especial de lo que pudiera pensar sobre su incapacidad para ganar el millón, pero ella se negaba a hablar de Ozzy el de *Survivor*. De hecho, con el tiempo empezó a llamarlo Oscar. A ella no le interesaba nada que tuviera que ver con el paso de él por la tele. Incluso parecía sentir cierto rechazo por esa parte de él. Pero se negaba a reconocerlo abiertamente.

Fue más o menos por la época en que ella empezó a llamarlo Oscar cuando yo decidí que ya era tiempo de ver *Survivor*.

No podía viajar, con mi sueldo era imposible pensar en comprar un pasaje a Estados Unidos. Pero el hecho de que él hubiera pasado tantas horas en televisión siendo «él mismo» en un reality me daba la oportunidad de conocer en acción al tipo con el que mi hermana pasaba cada vez más tiempo. Las últimas veces que hablamos él estaba ahí, ni dijo nada ni nunca se dejó ver en el Skype, pero yo supe que estaba ahí. Una vez mi hermana le pidió que bajara el volumen del televisor; otra vez, entre risas, le dijo que se quedara quieto (quizá le estuviera haciendo cosquillas); y la última vez vi una de sus manos, que pasó rápidamente frente al monitor para agarrar unos papeles del escritorio.

Cuando podía darme cuenta de lo que estaba pasando cerca de mi hermana (no porque ella me lo dijera directamente sino por algún otro indicio), mi sensación respecto de la distancia que nos separaba se volvía más angustiante. Porque yo no había visto ni había estado jamás en esos lugares desde los que me hablaba. No conocía la cafetería donde trabajaba, ni el departamento que alquilaba junto con una de las chicas del trabajo, ni la escuela donde estaba estudiando repostería (mi hermana siempre había tenido una gran mano para la cocina y desde hacía un tiempo había decidido convertir esa disposición natural en una actividad más oficial y, con suerte,

lucrativa). Creo que Ozzy el de *Survivor* había tenido algo que ver con que mi hermana, siempre tan reacia a todo lo relacionado con agendas escolares y metas de estudio (había sido una batalla campal lograr que terminara el secundario), se inscribiera en una escuela de cocina de mucho prestigio y estuviera siendo tan consecuyente con sus clases. Incluso estoy segura de que fue él quien pagó la matrícula y hasta las cuotas mensuales. Mi hermana me lo negaba todo. Pero era una pésima mentirosa. Usaba detalles para volver las cosas más creíbles, tantos detalles que alguno, en algún momento, terminaba delatándola. Quizá porque mi principal instinto era protegerla nunca le hice saber que la había descubierto en una mentira. Y cuando la becaron en la academia de cocina (beca que jamás le habrían concedido a una inmigrante que no tiene los papeles en regla) no fue la excepción. Lo que hice fue felicitarla y quedarme pensando que si Ozzy estaba haciendo esas cosas por ella era porque la relación se estaba volviendo muy seria. También pensé que la propuesta de casamiento debía estar cerca. Él le compraría un anillo, se pondría de rodillas durante alguna cena romántica, y muy pronto serían *fiancés*. Era extraño que los yanquis tuvieran tan arraigada la idea de las tres etapas: noviazgo, compromiso, matrimonio. Y aunque Ozzy había nacido en México, había pasado toda su vida en Estados Unidos y seguramente esos hábitos ya eran también parte de él.

No fue fácil conseguir completa, y en una calidad decente, *Survivor: Cook Islands*, debut de Ozzy en el programa.

La temporada arranca con los veinte participantes y el conductor en un barco. Mientras los concursantes se tiran por la borda antes de que termine el tiempo para nadar hasta las balsas en las que deberán remar hacia las islas desiertas donde van a pasar los siguientes treinta y nueve días, el conductor explica que es la primera vez que las cuatro tribus con las que arranca el juego representarán etnias distintas. Ozzy forma parte de la tribu de latinos. Además hay una tribu de afroamericanos, otra de asiático-americanos y una de caucásicos.

Esa temporada fue filmada entre junio y agosto de 2006, y con ocho años menos Ozzy era un chico de pelo corto y enrulado, piel aceitunada y cuerpo ágil, que casi no sonreía y hablaba poco, aunque muy pronto se las ingenió para ponerse al frente de su tribu. Uno de sus tres compañeros, al verlo trepar a una palmera para conseguir cocos, dijo que le parecía estar frente a una imagen de *El libro de la selva*. «Pensé que era Mowgli subiendo por los árboles.» También pescaba con gran facilidad usando lo que llamaban un arpón hawaiano, dirigió la construcción del refugio (fabricado con bambú y hojas de palmera) y diseñó una trampa para cazar gallinas salvajes. Pero sus compañeros no confiaban completamente en él, no sabían explicar por qué, pero no confiaban en él. Yo creo que debía ser porque Ozzy no parecía tener sentido del humor, se tomaba a sí mismo y todo lo que hacía muy en serio, parecía obsesionado por ganar cada desafío y era autosuficiente al punto de resultar irritante.

Creí que iba a llevarme al menos una semana ver los catorce episodios de esa temporada. Pero la curiosidad y la misma dinámica del programa (perfectamente diseñado para generar tensión e intriga) hicieron que me pasara todo el sábado en casa. A las dos de la mañana ya había visto hasta la reunión posfinal. Además de un dolor de cabeza insoportable, tenía una idea bastante clara de qué habían visto en Ozzy sus seguidores.

Unas aspirinas y una buena noche de sueño me depositaron en el domingo recuperada y con más interés que antes en hablar con el famoso novio de mi hermana y en saber cómo se sentía tras haber perdido el gran premio por apenas cuatro votos contra cinco (el ganador fue Yul, un abogado de origen coreano que dominó el juego desde el punto de vista social). La gran final (que es cuando se leen los votos del jurado y se anuncia el ganador) se filmó en un set de la CBS en

Nueva York. Ahí estaban reunidos (y ya recuperados de la mugre, el hambre y las lesiones que arrasan físicamente a todos los participantes) los veinte concursantes de esa temporada, y tanto ellos como el conductor y el público tenían varias preguntas generales sobre cómo o por qué había pasado esto o aquello, pero todos tenían también una única gran pregunta para Ozzy: ¿cómo era posible que un chico de ciudad, de más de veinte años, mexicano y que en ese entonces trabajaba como camarero, pareciera haber nacido para vivir y sobrevivir en una isla desierta? Ozzy, siempre serio, escuchó la pregunta sin hacer una mueca y respondió lo único que nadie esperaba y con lo que nadie supo qué hacer: «Siempre leí mucho», dijo. Yo aplaudí. Sentada sola, en el living de casa, frente a la notebook encendida donde el joven Ozzy hablaba de su primer amor, *Robinson Crusoe*, y de cómo desde chico había fantaseado con ser abandonado en una isla desierta, aplaudí.

En ese momento tuve ganas de llamar a mi hermana y pedirle, por primera vez, hablar directamente con Ozzy. Quería felicitarlo por la respuesta, pero también quería preguntarle qué otros libros habían sido importantes para él (después de todo, *Robinson Crusoe* no dejaba de parecerme una respuesta obvia).

Esa noche estaba cansada, pero decidí que la próxima vez que habláramos le diría a mi hermana que ya era momento de que me presentara a su novio («quisiera conocerlo un poco», sería mi excusa).

Descubrí que la temporada *Survivor Micronesia: Fans vs. Favorites* (la segunda en la que participó Ozzy) estaba completa en YouTube.

Durante dos días, al volver de la escuela donde estaba haciendo una suplencia de un tercer grado, me sentaba frente a mi computadora a mirar el programa. Me sentía completamente atrapada. Era lo único que tenía ganas de hacer, era lo único en lo que lograba concentrarme. Tenía una opinión sobre Ozzy y sobre cada participante, sobre cada alianza, sobre cada eliminado en el consejo tribal. Me emocionaban las pruebas por recompensa o inmunidad. Los fans (una tribu de diez personas que nunca antes habían jugado el juego) me parecían ingenuos, torpes, fuera de lugar. Esperaba ansiosa los momentos en que las cámaras volvían a la tribu de los favoritos (Ozzy y otros nueve ex participantes), donde hasta las conversaciones más banales tenían una potencial repercusión en el desarrollo del juego y donde todos eran extremadamente autoconscientes y desconfiados.

El viernes a la noche, mientras yo terminaba de mirar la final, y veía y retrocedía para volver a ver a Ozzy haciendo sus comentarios sobre las dos finalistas antes de emitir su voto por el millón de dólares, sonó el teléfono en casa. Supe que era mi hermana. Desde que me separé de Germán nadie más llama a casa a esa hora. «Conectate», dijo ella. Casi no me saludó, dijo «conectate» y cortó.

Últimamente chateábamos en Gmail. Así que abrí mi casilla y le mandé un mensajito para avisarle que ya estaba ahí. «Por Skype», me escribió. A mí no me gustaba usar Skype. Por supuesto todo era más cómodo y fluido que chateando, pero el problema era después. Terminar de chatear era escribir «Besos», o «Besooooos», o una frasecita del estilo de «Te extraño» o «Te quiero» (todo dependía de cómo hubiera sido la charla). Cortar el Skype, decirle «chau» a mi hermana, que estaba ahí, en la pantalla, moviéndose y llevándose la palma de la mano derecha a los labios para mandarme el beso con el que siempre se despedía, eso me daba miedo. Cortar la comunicación y quedarme frente a la pantalla en negro me parecía terrorífico. En mi cabeza me había fabricado la idea de que hacer eso era como darle al mundo la oportunidad de tragársela;

que, del otro lado, el monitor oscuro se volvía una gran boca que se abría para tragarse a mi hermana llevándosela para siempre.

Cuando nos conectamos, y en cuanto la cara de mi hermana apareció en el monitor, me di cuenta de que había estado llorando. Le pregunté si estaba bien. Ella me sonrió, una sonrisa débil, y dijo: «Lo invitaron de nuevo al programa.»

Cuando a mi hermana le pasaban cosas buenas, yo me alegraba. Me alegraba muchísimo, incluso. Pero cuando esas buenas noticias por algún motivo se truncaban o se volvían en su contra, entonces también me alegraba. Y me daba mucha vergüenza que me pasara eso. Sabía que era pura envidia, y de la peor, y también que era el resultado de una idea que jamás le confesaría a nadie: no creía que existiera ningún motivo para que a ella le fuera mejor que a mí. En esos momentos también me daba cuenta de que seguía resentida porque ella se había ido cuando acá en el país se caía todo a pedazos. Yo me quedé, pensaba a veces, y aguantar es mucho más meritorio que irse a un lugar donde todo es más fácil.

No había nadie en el mundo a quien yo quisiera más que a mi hermana y no había ninguna otra persona que despertara en mí sentimientos tan bajos como el rencor y la envidia. No entendía por qué me pasaba eso, ni me lo perdonaba, y hacía grandes esfuerzos por reprimirlo.

Sin embargo, cuando vi su desconsuelo porque Ozzy había recibido una invitación de la CBS para una nueva temporada especial de *Survivor*, sentí que de alguna retorcida manera aquello me resultaba un giro justo.

«No es tan grave», le dije. Y ella se largó a llorar como cuando éramos chicas. Después de calmarse, me explicó que la temporada se llamaría *Blood vs. Water* y que cada uno de los ex participantes elegidos por el público debían concursar junto a un ser querido. Ozzy quería que mi hermana fuera con él. «Pero vos no sos pariente de sangre, ni siquiera están casados», fue lo único que se me ocurrió decir intentando parecer que me ponía de su parte. Pero ella me dijo que dos de los que ya habían aceptado participarían junto a sus novios. Al parecer, para los productores de *Survivor*, «sangre» y «seres queridos» eran lo mismo. Yo no estoy de acuerdo.

No necesité preguntárselo para saber que mi hermana ya le había dicho a Ozzy que ella no quería participar. Me faltaba saber cómo había reaccionado él. «Está furioso», dijo mi hermana, y empezó a llorar otra vez. «Dice que ése es su lugar preferido en el mundo, que ahí es feliz. Es ridículo, estamos hablando de un programa de tele.» Yo intenté explicarle que él seguramente no se estaba refiriendo al programa en sí mismo sino a los lugares donde el programa se filmaba (en general, islas paradisíacas en medio del Pacífico) y en los que Ozzy parecía realmente en su elemento. «Vos no lo conocés», dijo mi hermana. Y yo seguí insistiendo con que ella tampoco iba a conocerlo del todo hasta que lo viera trepar árboles, nadar como un delfín, abrir cocos con un machete, y que recién entonces se iba a dar cuenta de que, haciendo eso, él era feliz. Eso y la competencia lo hacían feliz. Porque no era como ver a un tipo disfrutando de unas vacaciones exóticas, sino a alguien extremadamente competitivo peleando por ganar en un juego en el que se sabe bueno pero no imbatible y que puede superarse. «Todo el concepto del programa es su lugar en el mundo, ¿entendés?», le dije. «Y quizá es una buena idea que lo acompañes. Hasta podrían ganar.» Hubo un silencio. Mi hermana me miraba fijamente. Por un momento pensé que se había congelado la imagen. La conexión en mi casa era malísima. Pero entonces ella parpadeó. «Te odio», me dijo. Y en ese momento no estaba mirando mi imagen en su monitor sino que miró a la webcam para que yo sintiera sus ojos sobre los míos. «Los odio a los dos», dijo, y cortó.

Pantalla en negro y silencio. Tardé un rato en reaccionar. No terminaba de entender lo que había pasado. Esta vez, al verla llorar así, yo había logrado olvidarme de todo y aconsejarla para su

bien, hasta me sentía orgullosa por haberla alentado a ir al programa. Después de todo, si llegaban a ganar era perderla completamente. Un novio y un millón de dólares eran suficiente para que no pensara nunca más en volver. Y yo, en el fondo, siempre estaba esperando que mi hermana quisiera volver. Entonces pensé que ella no estaba entendiendo realmente la situación, que estaba cometiendo un error grave y que yo tenía que ayudarla.

Me llevó toda la noche, pero encontré lo que necesitaba. Preparé un archivo con un compilado de YouTube que algún fan había armado con los mejores momentos de Ozzy en el programa, otro video de un minuto en el que Ozzy (entrevistado poco después de haber sido eliminado en *Survivor: South Pacific*) decía a cámara cuánto lo deprimía tener que volver a su vida, a la ciudad, a todo lo que él sentía que lo alejaba de su yo más verdadero. También había un tercer video en el que, durante su primera temporada, Ozzy festejaba por haber pasado tanto tiempo en la isla al grito de «treinta días, es increíble», y lo decía con una inesperada gran sonrisa y en español (nunca había hablado en español en el programa, y sabía que con mi hermana sólo hablaban en inglés). El último video lo había compilado yo misma y eran varios pasajes de Ozzy nadando, porque eso era lo mejor de lo mejor de Ozzy. Verlo nadar era hermoso. Y no era cuestión de admirar la técnica, o la velocidad, o la resistencia, era simplemente emocionante. Era como soltar a un gato de departamento, perezoso y lento, en un jardín desconocido y ver cómo instantáneamente se convierte en un animal salvaje.

Guardé los archivos como un adjunto en un mail en blanco y escribí en el asunto: «No te lo pierdas». Mandé el mail y me fui a dormir. Me sentía satisfecha conmigo misma. Había superado mis más bajos instintos y volvía a ser la persona que mi hermana se merecía, alguien que la aconsejaba por su bien y con el más generoso objetivo: su felicidad (y quizá incluso la de su «Oscar»).

Me desperté cerca del mediodía. Era domingo. En la bandeja de entrada había un mail de mi hermana. No una respuesta al que yo le había mandado sino uno nuevo. Abrí el mail y vi que tampoco tenía texto sino un video adjunto sin título. Estuve un rato sentada frente a la computadora sin animarme a abrir el archivo. Tenía miedo de que mi hermana no hubiera entendido lo que yo había intentado decirle con mi mensaje y que ahora estuviera todavía más enojada. Por muy poco ya me había dicho «Te odio». ¿Qué había después de eso?

Prendí un cigarrillo y le di play. El video empezaba con una placa donde decía «Reality show», y seguía con varios fragmentos editados de grabaciones muy caseras. Ozzy ahora tenía el pelo bien corto y varios kilos más que el chico de la tele.

En todas las tomas mi hermana está usando ropa que no le conozco. En todas se están filmando uno al otro o alguien los filma a los dos juntos en situaciones muy domésticas. Un desayuno. La preparación de un cartel de bienvenida para alguien que ella nunca me mencionó y que tampoco supe de dónde estaría regresando. Un brindis por alguna cuestión importante para mi hermana de la que yo nunca supe nada. Ozzy abriendo los brazos y sonriendo a cámara en la entrada de un cine. Ella con la ropa mojada actuando un enojo mientras amenaza a cámara con un balde lleno de agua. Los dos tirados en un parque, sobre el pasto, mientras un perro de no sé quién pasa corriendo sobre ellos y los dos se retuercen de risa y se besan y saludan al que los está filmando. Los dos dormidos compartiendo el asiento de un bus. Los dos muy serios y elegantes caminando como parte del cortejo en la boda de alguien. Los dos en la cama, ella sosteniendo la cámara en alto para que tome sus caras en primer plano, ninguno habla pero sonrían, sonrían y respiran ligeramente agitados y se miran y al fin se dicen algo que no se escucha.

Hace días de esto y no supe nada más de ella. Todavía no le respondí. Estoy cansada de hablar

y entender. Lo que hice fue cambiar la foto en todos mis perfiles, imposible que no la vea. Ahora hay una imagen de la gran fogata que hacen al final de cada episodio de *Survivor* para el consejo tribal, ese en el que los participantes deciden a qué miembro de la tribu van a eliminar del gran juego.

DUMAS

No era un hombre muy alto, pero sí ancho de hombros, de cuello grueso y espesa melena oscura. Eternamente bronceado aunque tenía dos trabajos. Se paraba muy erguido y miraba de frente, y el efecto que causaba era el de alguien magnífico. Con el fino bigote negro, la sonrisa amplia y esa facilidad para vencer el espacio personal de la gente, sumaba a ese primer efecto una sensación de confianza. Quienes conocían a Dumas, en minutos se sentían amigos entrañables de un hombre poderoso, respetable, leal. Se reía poco, muy poco, pero hacía pensar en una persona alegre, quizá por su capacidad para disfrutar de las cosas: de dormir la siesta, de fumar, de la comida, de manejar su gran auto negro por la rambla, de su nieta.

Cuando su hijo tuvo que irse del país, en lo único que pensó fue en su nieta. La bebé nació por cesárea el 15 de octubre de 1974 a las tres de la mañana, y él la vio antes que la madre y que su hijo. Se acercó a la nursery y, como un encantador de serpientes, logró que las enfermeras le mostraran a su nieta y que, a pesar de lo que hubieran decidido los padres, le hicieran los agujeritos en las orejas para que pudiera lucir las perlititas de oro que él le había comprado.

Desde entonces nunca le perdió el rastro. Cambió las siestas por visitas a la casa de su hijo y vio a su nieta todos los días. Todos excepto tres, que fue cuando tuvo un leve resfrío (él nunca se enfermaba de verdad) y no quiso arriesgarse a contagiarla. La nena empezó a hablar a los diez meses y Dumas atesoró cada palabra. La primera fue «mano». O «mono». Ésa era una discusión, de tantas, que seguía viva entre él y su hijo. Le compró montones de ropa y le sacó una foto el día que estrenó cada uno de sus conjuntos. No ayudaba a darle de comer, o a bañarla, o a dormirla, pero tenía opiniones respecto de cómo hacer mejor cada una de esas cosas. Prefería que la bebé cambiara de manos y quedara a su cargo cuando ya estaba limpia y descansada. Podían pasar horas los dos enfrascados en una charla de balbuceos que Dumas de a poco iba conduciendo hacia palabras más articuladas. La bebé le festejaba todos sus chistes y juegos. Con ella a upa, Dumas había visto sus programas preferidos de la televisión. La había llevado al club y la había exhibido como el mayor de los trofeos, que lo era: una nena de ojos verdes, muy dada con los desconocidos, de risa contagiosa, de suave pelo oscuro y el don de atraer la atención de todos. «Igualita al abuelo», eso era lo que le decían casi siempre, incluso los desconocidos. La palabra «abuelo» era para él un regalo, como si, a sus cincuenta y nueve años, lo que en realidad le estuvieran diciendo fuera «buen trabajo», o «misión cumplida», y todo eso le provocaba una sensación que no era tanto la que produce un halago, sino algo más parecido al alivio, aunque con una cierta carga de ansiedad, como si también le estuvieran diciendo «podés morirte tranquilo».

Cuando su nuera, embarazadísima, al fin aceptó contarle los nombres que tenían pensados (estaban indecisos entre dos en caso de que fuera varón, pero ya habían elegido el de la nena), Dumas imaginó que le resultaría difícil sentir como parte de su clan a alguien que se llamara Suli. Habiendo tantas buenas opciones (como Natalia, Claudia, María José, Romina), no podía entender cómo ni por qué «su» nieta tendría que andar por el mundo cargando ese nombre sin sentido. Pero en cuanto tuvo a la bebé en brazos y su nuera dijo: «Saludá a tu abuelo, Suli», todo cambió. Porque la palabra «abuelo» y las cuatro letras que formaban el nombre de su nieta fueron dichas juntas y la comunión fue perfecta. Suli nunca volvió a ser un nombre. Suli y la bebé eran una sola cosa, no existía uno sin la otra y, para él, eran completamente irresistibles.

Un día, alguien del club, quizá Helguero, que era el que siempre se quedaba pensando, preguntó qué significaba Suli. Dumas improvisó: «Quiere decir Luz.» Los cinco hombretones que compartían la mesa con ellos hicieron al mismo tiempo un ruido bastante parecido a un suspiro y se quedaron con la vista perdida en el abuelo y su nieta. Dumas sintió las miradas sobre ellos y sintió también que un aura de energía los rodeaba a él y a la bebé, protegiéndolos de todo.

«La energía de la felicidad», le dijo una vez Nora, entre las sábanas húmedas de sudor y el aire cargado de humo. «Vos eras un hombre satisfecho, pero ahora estás feliz», dijo, y le dio la espalda para levantarse y abrir un poco la ventana. Entró un aire fresco y liviano, propio del otoño, y Dumas miró la espalda de Nora y sintió ganas de morderla. Incluso llegó a moverse unos centímetros en la cama para acercarse a ella, pero Nora, que sabía cómo cambiar el clima en segundos, se cubrió con una gruesa bata de toalla, encendió el velador y dijo: «Ya tenés que irte.»

Esa noche Dumas hubiera preferido pasar por lo de su hijo y ver unos segundos más a Suli antes de volver a su casa, pero ellos no estaban, le habían avisado que se quedarían en lo de unos amigos. A Dumas no le gustaba que llevaran a Suli a ese tipo de reuniones pero nunca dijo nada: las discusiones con su hijo estaban subiendo de tono, con argumentos cada vez más cargados de resentimiento, de reproches, de desconfianza. Su esposa le había dicho: «Dejá al chico en paz»; en cambio, el consejo de Nora había sido que eligiera sus batallas. Aunque los dos consejos llevaban a un mismo resultado, era a Nora a quien Dumas había escuchado.

Y fue en eso de elegir batallas en lo que se concentró cuando una noche apareció su nuera con dos bolsos, Suli en brazos y la cara brillante por la transpiración, a decirle que su hijo había tenido que irse del país. «Rajar», dijo, una palabra que resultaba tan fuera de tono en aquella muchacha. Estaba todo decidido, o peor, todo hecho, pensó Dumas. Tuvo que contenerse para no gritarle a su esposa, que en ese momento empezó a berrear «yo sabía», «yo sabía». Dumas, en cambio, se mantuvo calmo. Le pidió a su nuera que acostara a Suli en la cama grande y le dijo a su esposa que cerrara el pico de una vez, lo que fue suficiente para que ella diera media vuelta y se metiera en la cocina dando un portazo. Los minutos que tardó su nuera en acostar a la bebé y hacer un par de llamados fueron suficientes para que Dumas decidiera qué era exactamente lo que tenía que decir. Porque él tenía mucho para decir pero, ahora más que nunca, debía elegir y proponer sólo aquella discusión con la que tuviera alguna chance. Su nuera volvió al living y Dumas la miró largamente, como si acabaran de presentársela.

Esa muchacha era una de las pocas personas con las que no se sentía del todo cómodo, porque sabía que no había podido encantarla, que ella lo veía del derecho y del revés, y porque seguramente estaba contaminada por el montón de ideas que su hijo se había ido haciendo de él y que Dumas ya no podría revertir. Nacida y criada en un pueblo, la chica sabía mantenerse tranquila incluso cuando parecía estar siempre alerta. Era alta y delgada, pero fuerte. Alguna vez la había escuchado contar cómo había pasado la mitad de su vida nadando en el río. Dumas pensaba que era la persona más refinada que conocía. Cuando estaba con ella sentía el impulso de bajar un poco la voz, de suavizar sus maneras. Jamás la había tocado salvo accidentalmente. No parecía la clase de mujer que necesita de un hombre, como su esposa, ni de las que no lo necesitan para nada, como Nora. Y en ese momento, cuando se sentó frente a él envolviéndose en sus propios brazos, como si el aire de la casa se hubiera enfriado de repente, Dumas sintió que tendría que hacer su mayor esfuerzo para bajar algunas de sus barreras y hacerla confiar en él.

–Disculpame un momentito –le dijo, y fue hasta la cocina para rescatar una botella de malta y dos vasos.

De su esposa sólo vio la cabeza, que se movía al ritmo de los golpes de cuchillo con los que

estaba cortando los bifés para preparar las milanesas de los jueves. Nada más inútil, pensó Dumas. A veces lo sorprendía confirmar hasta qué punto su esposa le resultaba alguien innecesario. No molestaba, porque sabía ocuparse de las cosas que él quería resueltas para vivir su vida. Era funcional, a esa palabra había llegado Dumas para encontrarle un lugar en el sistema en el que acomodaba a todas las personas que lo rodeaban. Esa noche, con su hijo en fuga tratando de cruzar el Río de la Plata, su nuera buscando refugio antes de encontrar la forma de seguirlo llevándose a Suli lejos, no necesitaba a su esposa para nada, salvo quizá para tener lista la comida cuando todo se hubiera serenado y a él se le deshiciera el nudo que sentía en la boca del estómago. Sí hubiera querido llamar a Nora, para que lo ayudase a pensar, pero ya eran más de las diez de la noche y, por mutuo acuerdo, estaban en la franja horaria en la que cada uno dejaba de existir para el otro sin excepciones.

Cuando volvió a sentarse frente a su nuera, tomando de a sorbos la malta, que no estaba tan fría, necesitó unos segundos para reacomodar sus prioridades. Dumas no era amigo de los discursos, ni de los argumentos, ni siquiera era muy conversador. Por lo general no lo necesitaba. Las personas trataban de congraciarse con él y para eso hacían un esfuerzo por adivinar sus deseos y cumplirlos. Pero esta vez era diferente y él sabía que tendría una sola oportunidad para poner la situación, que ya estaba torcida, a su favor. Y para lograrlo debía mantenerse enfocado en su único objetivo: retener a su nieta.

—Estuve pensando y tengo una propuesta para hacerte. Vos disculpame pero hay que ir al punto, ¿sí? Creo que llevarte a la nena es un peligro. Y que lo mejor es que la dejes acá con nosotros y que te vayas a ayudarlo. Entre los dos van a resolver todo mucho más rápido. Cuando tengan trabajo y un lugar seguro para vivir, venís a buscarla. O yo te la llevo, dependiendo de cómo esté todo para vos.

Su nuera levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Tenía los mismos ojos de Suli, idénticos. Sólo dijo, o Dumas creyó entender que le decía, que Suli era demasiado chiquita.

—Sí, pero ya come de todo, duerme toda la noche. Y acá tiene sus lugares conocidos y va a estar bien, sin nervios y corridas. Andá a saber cómo están las cosas allá. Buenos Aires es acá nomás, no te olvides, y las cosas se están complicando. Pero tengo gente que les puede dar una mano. Y tengo unos ahorros... —Su nuera estuvo a punto de interrumpirlo, pero Dumas se le adelantó (mientras tomaba nota mental de que debía ser más cuidadoso al tocar el tema del dinero; seguramente su hijo le había dejado instrucciones sobre eso)—. Lo que te quiero decir es que vos mejor que nadie sabés que si andan con la nena, todo va a ser más complicado. Y además estamos hablando de ¿cuánto?, ¿días?, ¿semanas? Suli ni se va a dar cuenta. El sacrificio va a ser sólo de ustedes, y es por el bien de ella. Vale la pena.

Su nuera no llegó a responderle. Sonó el teléfono y los dos se quedaron congelados, mirando el aparato como si pudiera decirles quién estaba del otro lado y cuáles eran sus intenciones. Y de alguna forma así era. Cuando no cortaron después del tercer timbrazo, supieron que, según el código que tenían su nuera y su hijo, no era él para avisarles que estaba bien y del otro lado; cuando no cortaron después del quinto timbrazo, supieron que no era el encargado de advertirles que estaba guardado porque no había podido cruzar; cuando no cortaron después del sexto, también desapareció la chance de que fuera la confirmación de que no la estaban buscando también a ella. Simplemente había sonado hasta el final. Nueve timbrazos que, al menos hasta donde sabía Dumas, no querían decir absolutamente nada. Pero necesitó confirmarlo.

—¿Eso significa algo?

La chica respondió que no con un gesto y clavó la vista en el fondo de malta que quedaba en el

vaso y que empezó a mover como si fuera borra de café y ella pudiera adivinar el futuro.

Por un segundo, Dumas pensó que ese llamado podía avivar aún más los miedos de su nuera y hacerla pensar que esa casa tampoco era segura. Por eso se apuró a decir:

–Lo que es por nosotros, no te preocupes. Acá no entra nadie, te lo prometo. Yo tengo gente para tocar, ¿sí? A mí me deben favores. Y por eso mismo también te estoy diciendo que te puedo ayudar.

–¿Acá o allá? –dijo de pronto la chica, como si recién se hubiera despertado y en su cabeza se hubieran mezclado las cosas que él le había dicho antes.

–No te entiendo –dijo Dumas.

–Que antes dijo que tenía gente allá que nos podía ayudar a instalarnos y ahora tiene gente acá que le debe favores. Si hablo con su hijo, ¿qué le digo? ¿Que espere un poco porque acá se pueden cobrar favores o que busque ayuda allá?

–No estamos hablando de mi hijo sino de Suli. De lo que es mejor para ella. Mi hijo es adulto y sabe muy bien lo que hace. Yo discutí mil veces con él, le avisé que esto podía pasar, le pedí que tuviera cuidado, pero no me escuchó, y ¿sabés qué me dijo? Que su vida es su vida y que con su vida él hace lo que quiere. Y ahí está.

–Sí, ahí está –repitió ella, levantándose. Una media sonrisa cargada de suspicacia le torcía la boca, y para Dumas la suspicacia era sólo una de las formas más elegantes de la falta de respeto.

La chica pidió disculpas y fue a buscar a Suli para acostarla junto a ella en una de las camas del cuarto de invitados. Dumas las siguió a distancia, respiró hondo, tomándose su tiempo para recuperar la calma, y se concentró en lo único que le proporcionaba cierto alivio: que su mujer se hubiera dignado a quedarse en la cocina, incluso cuando no podía imaginarse qué estaba haciendo ahí. La casa no olía a comida y el silencio era casi irrespirable.

Dumas apagó las luces del living, abrió la ventana que daba al pulmón de manzana y prendió un cigarrillo. Fumar a oscuras siempre lo ayudaba a pensar. Lo había descubierto gracias a Nora, que una noche, entre risas, le había dicho: «Las cosas más inteligentes las decís de noche y con un cigarrillo en la boca.» No le gustaba que su hijo hubiera agarrado también el gusto por el tabaco. Era un chico determinado y ansioso y era capaz de fumarse hasta tres atados en un día. Para él, en cambio, los cigarrillos eran un gusto que se daba, algo para disfrutar después de la cena, o en casa de Nora, o cuando llegaba al club, o para sacarse el día de encima. El hábito le gustaba en las mujeres, siempre que fumaran sin nerviosismo. En su nuera, por ejemplo, que fumaba unos cigarros finitos muy suaves, la combinación era exquisita. En Nora era desbordante, contagioso. Su esposa no fumaba. ¿Fumaría Suli cuando fuera una mujer? ¿Viviría tantos años? Porque para que llegara a convertirse en una mujer, su nieta tendría que vivir al menos veinte años. Veinte años, especialmente esa noche, le parecieron una eternidad.

El aire a su alrededor apenas se agitó cuando su esposa cruzó el living a paso rápido y dijo que se iba a dormir. Él la despidió con un gesto, pero no creyó que ella lo hubiera visto. Se sintió un fantasma.

Después se acercó despacio al cuarto de invitados, se asomó a la puerta, que había quedado entornada, y vio los dos bolsos sin deshacer junto a la mesa de luz y, encima, papeles, documentos, listas de cosas que no pudo leer desde donde estaba. Su nuera ya se había dormido. Tenía una mano apoyada en el pecho de Suli, como si tuviera miedo de que se la sacaran. Los lunares casi imperceptibles de las mejillas de Suli se continuaban en la mano de su madre. Parecían un único animal, uno que está entregado al sueño pero que permanece alerta, listo para huir. Y él supo que ya no podría detenerlo.

Dumas había llorado una sola vez en su vida, cuando tenía ocho años. Recordaba cada detalle de ese momento y nunca se lo había contado a nadie. Y se iba a morir, tres años después de que se llevaran a su nieta, sin tampoco haber hablado de ciertas cosas que recién esa noche estaba empezando a entender, cosas en las que pensaría cuando encendiera cada uno de todos los cigarrillos que le quedaban por fumar, solo y a oscuras.

TASADOR

Adrián está sentado en el sillón al lado de su madre. Miran un programa de tasadores del Reino Unido. Alguien llevó un viejo juego de té familiar con la esperanza de averiguar su valor para ganarse unos pesos, y el especialista, después de estudiar todas las piezas con cuidado, le dice que en realidad ese juego no vale unos pocos pesos sino una pequeña fortuna. El público aplaude. Adrián mira alrededor y sabe que en casa de su madre nada vale nada. Que ahí no existe posibilidad de descubrir un tesoro escondido. En principio están los muebles y esa extraña obsesión de su madre por el mimbre. Los sillones, la lámpara del comedor, las sillas, el juego de dormitorio, la biblioteca. Todo es de mimbre. Ahora Adrián tiene cuarenta y dos años y no recuerda ese departamento sin esos muebles; ni siquiera recuerda a su padre en ese departamento, así que probablemente la llegada de los muebles y la escapada de su padre hayan ocurrido más o menos para la misma época.

Mira las paredes y sabe que tampoco esos cuadros tienen ningún valor. Uno es una reproducción de la horrible «mujer con calas» (en la sala de espera de su dentista tienen el mismo póster). Otro es un dibujo que hizo él mismo en el primer y único año que estudió en la Prilidiano Pueyrredón y que su madre encontró en alguna de sus carpetas viejas y mandó enmarcar. Y hay dos paisajes de Mar del Plata que parecen sacados de un folleto turístico.

En la televisión, el tasador le dice a una pareja de pelirrojos gordos y sonrientes que el extraño ropero que llevaron hasta ahí con tanta ilusión es un fraude. La madera es barata y el trabajo de tallado art déco de las puertas y las molduras es una imitación torpe. Los pelirrojos pierden la sonrisa pero igualmente estrechan la mano del tasador y agradecen. El público vuelve a aplaudir. Empieza la publicidad.

Adrián mira a su madre. Se quedó dormida. Tiene la cabeza inclinada a un costado y respira pesadamente. Hace tiempo que ya no se tiñe el pelo porque dice que no se justifican el gasto ni el esfuerzo. Tiene puestos los mismos aros de fantasía con perlas de plástico y filos dorados que antes usaba para salir y que ahora se pone para recibirlo cuando la visita. Su madre dejó de usar la sortija de casada hace cuatro años, lo sabe porque ella se lo anunció. Se habían cumplido treinta años exactos de la huida de su padre y ella decidió que ya era suficiente. En un gesto que quiso significar alguna cosa pero que Adrián no se preocupó en interpretar, se sacó frente a él la sortija y la metió en una bolsita de cuero. Adrián no tiene idea de dónde guardó su madre esa bolsita pero está seguro de que no la tiró. No vale la pena revolver el departamento para buscarla; después de todo, por unos pocos gramos de oro no están pagando mucho más que el equivalente a la cuarta parte de su sueldo.

Por alguna razón, para su madre el treinta es un número importante. Es uno de los números que juega una vez por semana a la quiniela. El que, según cuenta, la hizo elegir ese departamento en el edificio de Rivadavia 3030. Y el único cumpleaños de Adrián que celebró con cierto esmero y un regalo que ella presentó como muy especial. Gastó sus ahorros (que no iban a salvarlo pero con los que Adrián alguna vez había contado) en un reloj. Un reloj carísimo que él jamás habría elegido, que según lo que había averiguado no podría vender bien, y que le daba vergüenza usar. Hay cosas que incluso cuando son caras no lo aparentan, sino que terminan pareciendo una imitación berreta y haciendo parecer a quien las usa un impostor. Adrián odiaba ese reloj y se lo

ponía sólo cuando la visitaba a ella, más que nada para evitar el interrogatorio o las discusiones. Su madre siempre se aseguraba de que lo estuviera usando y siempre repetía lo mismo: que le iba a durar toda la vida, que podría dárselo a un hijo suyo (los hijos nunca formaron parte de los planes de Adrián), y que gracias a ese reloj él siempre iba a recordarla. En la base, su madre había hecho grabar sus propias iniciales y las de Adrián junto a la frase «La sangre une».

A veces, cuando Adrián estaba en el colectivo viajando a lo de su madre, atento a que el reloj permaneciera oculto debajo de la manga de su camisa o de la campera, le costaba decidir qué lo haría sentir peor: que todos a su alrededor descubrieran que tenía puesto un reloj como ése o que supieran que estaba usando algo, cualquier cosa, con esa frase grabada. Algunas veces le parecía peor el reloj; otras, la frase. Todo dependía de su humor y del tipo de gente que tuviera cerca. Esa mañana, por ejemplo, se había sentado al lado de una morocha con un piercing en la nariz, otro en la ceja, enormes ojos azules y una remera de Misfits. Adrián se estiró los puños de la camisa gris que tenía puesta hasta cubrirse también las manos.

En la televisión, un tipo de unos ochenta años está haciendo tasar un juego de aros y collar que perteneció a su esposa ya muerta y que, aclara, no piensa vender. Él sólo quiere saber más de esas joyas, conocer su historia. Según la lógica del programa, cuando la pieza lo merece, y antes de anunciar su valor, los tasadores hacen una breve reseña del linaje del objeto. Fecha de fabricación, artesano o compañía que realizó ese producto, dueños anteriores, marcas de autenticidad, etcétera. Sobre las joyas que llevó el anciano no habla un solo tasador (como es costumbre), sino dos, que se turnan para exponer todo tipo de cuestiones relacionadas con esas joyas durante unos cinco minutos. El anciano los escucha muy atento, sin dar muestras de estar impacientándose o ansioso por saber el precio, sino verdaderamente interesado por lo que esos dos tienen para decir sobre unos aros y un collar que, su esposa primero y luego él, habían guardado durante años en un alhajero sin llave. En un momento dado, los tasadores hacen silencio, se miran y al fin anuncian el valor de las piezas. Millones. Tres millones de libras. El público aplaude con euforia. Por este tipo de hallazgos excepcionales tiene sentido el resto del show. El anciano escucha la cifra, se lleva las manos a la cara y empieza a llorar. Se le acerca el conductor, micrófono en mano, para sacarle alguna declaración. El público no deja de aplaudir. El anciano, cuando logra calmarse y dejar de llorar, sólo puede repetir «yo no sabía». Parece realmente acongojado, como si enterarse del valor de aquello a lo que nunca le había dado importancia de pronto lo volviera culpable de algo terrible.

El programa termina y Adrián baja el volumen de la tele.

Su madre no se despierta. Y ahora está roncando. Antes, cuando él vivía ahí, ella no roncaba. Hay ciertas cosas que Adrián no tolera en una mujer: que tenga los dientes amarillentos o con manchas de café o cigarrillo; que use palabras como «toilette» o «apetito»; que quiera saber dónde estuvo él y adónde piensa ir después; y que ronque.

Adrián se inclina sobre su madre para mirarla de frente. Tiene arrugas que ni siquiera son líneas de expresión, sino la piel agrietada formando unos dibujos indelebles en sus mejillas y en la frente. Respira con fuerza, parece que le resulta difícil tomar y expulsar el aire. Cuando inhala, inclina apenas la cabeza hacia atrás; cuando exhala, se produce el ronquido grave y gangoso. También le llega el aliento. Es un olor desagradable.

Adrián recuerda cuando su madre olía bien, cuando no hacía esos ruidos grotescos para dormir, cuando tenía la cara lisa y sin manchas. Lo que no recuerda es si alguna vez la vio usar vestido o al menos una pollera. Su madre usa jogging, o jeans, o calzas y, en ocasiones especiales, algún

pantalón de vestir azul oscuro o negro, que combina con una blusa o camisa más arreglada o con brillos.

Durante un tiempo, Adrián había pensado que si su madre hubiera usado vestido o una pollera habría conseguido un marido nuevo, alguien que valiera la pena, con el que hubiera podido unir esfuerzos para lograr un mejor pasar, alguien a quien eventualmente ella habría querido regalarle un reloj caro con alguna frase grabada (sin que eso significara gastar todos sus ahorros) y que no lo habría involucrado a él de ninguna forma. Pero no, vuelve a revisar ese asunto en su mente y está casi seguro de que su madre jamás usó vestido o una pollera. Ahora mismo tiene puesto un pantalón negro y una camisa blanca con tachas doradas en el cuello y los puños. Aunque se había sentado muy recta y con las piernas juntas y apretadas, las manos sobre las rodillas, al dormirse se fue relajando y fue deslizándose en el sillón hasta quedar con los brazos a los costados del cuerpo y las piernas abiertas. La tela de la entrepierna del pantalón está muy gastada. Se nota porque es de un color más claro y porque se le formaron pelotitas. Adrián odia las pelotitas en la ropa, le parecen algo típico de los pobres y de los amarretes. Cuando él era chico, su madre estaba llena de estrategias para hacerle usar las cosas más tiempo del que él hubiera considerado aceptable. Les ponía pitucos a los codos de los pulóveres, zurcía medias, emparchaba camperas y las rodillas de los jeans y pantalones de gimnasia, hacía poner media suela a los zapatos y hasta los mandaba a la horma para estirarlos y que le duraran unos meses más.

Adrián piensa que de todas las veces que vio el programa de los tasadores con su madre, nunca nadie llevó ropa para evaluar. Para él esto no es una coincidencia sino algo perfectamente lógico: es casi imposible que la ropa vieja o usada valga algo. La ropa se gasta o se arruina con demasiada facilidad y es algo horriblemente percedero. El verdadero destino de la ropa usada son las ferias americanas. Y las ferias americanas son como las hermanas idiotas de las subastas. En una subasta, algo que en el pasado era barato o incluso ordinario se revaloriza por ser el único sobreviviente de una serie, o por estar bien conservado, o porque su fabricante ganó prestigio con los años. En las ferias americanas pasa lo contrario. Ahí todo se vuelve una baratija. Incluso prendas que por su confección, o por los materiales, o por la marca fueron alguna vez valiosas, en esos percheros y canastos son sólo trapos viejos. Y todas huelen igual. Un olor que Adrián no soporta y que es el motivo por el que nunca se decidió a hablar con la mujer que lo atiende en la farmacia y le sonrío con intenciones. Es que la mujer huele a eso, a feria americana, una mezcla de naftalina y jabón y desinfectante.

Su madre a veces también huele un poco así. Pero hoy no. Hoy, por ejemplo, él no siente rastros de naftalina en la ropa que ella está usando. Adrián se acerca un poco más para asegurarse, pero es difícil olfatear mejor su camisa sin verse envuelto por el aliento de su madre, que ronca cada vez más fuerte. La luz azulada del televisor se refleja en las tachas del cuello y las hace brillar como si fueran uno de esos adornos del barrio chino con los que su madre decoró el espejo del baño. Adrián se inclina y huele el pantalón a la altura de las rodillas. Cierra los ojos para concentrarse, porque desde ahí ve con claridad las pelotitas de la tela de la entrepierna y por un segundo eso lo lleva de regreso a un pantalón que su madre lo obligó a usar durante más de un año y al que se le notaba claramente el lugar donde ella había descosido el dobladillo cuando le quedó demasiado corto. No huele nada. Abre los ojos y entonces nota, además de la tela gastada, que hay otra cosa ahí, en la entrepierna de su madre, es algo que le marca un leve bulto y que le hace pensar en las toallas que se ponen las mujeres cuando están menstruando. Pero su madre tiene sesenta y nueve años y es imposible que siga menstruando. Descartada esta opción, lo que supone es que está usando pañales, esos pañales para adultos que vio en propagandas en la televisión y en

el supermercado. Alguna vez, en el supermercado, se quedó mirándolos un buen rato mientras pensaba por qué será que la mayoría de los paquetes de pañales para adultos son verdes, o celeste verdoso. Entiende que no puedan ser rojos, o celestes, o rosados, o amarillos, porque esos colores ya dominan el espectro de pañales para bebés, pero siguen quedando otras opciones.

Adrián vuelve a mirar a su madre y piensa en lo que implicaría que esté teniendo problemas de incontinencia y que hubiera tenido que recurrir a los pañales. ¿Cuánto más tendría que pasar, cuánto tiempo antes de que deje de ser autosuficiente? Adrián no quiere volver a vivir con ella. De eso ni hablar. No es ni siquiera una opción remota. Nada. Pero los asilos cuestan una fortuna. Incluso los más básicos tienen cuotas altísimas. No hace mucho tuvo que escuchar a uno de sus compañeros de la oficina hablar sobre el asunto y le pareció delirante. El tipo hacía cuentas en el aire y él se sentía cada vez más incómodo con la conversación. Ahora recuerda bien los números y hace sus propios cálculos. Su madre tiene sesenta y nueve años y, más allá de cualquier incontinencia y de algún otro problema que se vaya sumando, podría vivir hasta veinte años más. Hoy en día son comunes las personas nonagenarias, y con los cuidados adecuados acumulan años y años incluso cuando todo el cuerpo se resiste a seguir durando. Veinte años por doce son doscientos cuarenta. Doscientos cuarenta pagos mensuales en un asilo más o menos decente es una fortuna. Un dinero que él se encargaría de juntar para pagar por los cuidados de su madre pero que jamás lograría separar por mes para ahorrarlo y, en algún momento, convertirlo en una inversión. Porque Adrián está convencido de que el dinero tiene espíritu propio y que no se deja acumular por cualquier persona ni para cualquier causa. Un asilo sería su ruina.

Podría levantarse del sillón y revisar el botiquín del baño, el ropero de la habitación de su madre, la mesa de luz en busca del paquete de pañales para adultos que confirmaría sus sospechas. Pero entonces se da cuenta de que confirmarlo no le serviría de nada. ¿Qué haría con una confirmación? ¿Confrontar a su madre? ¿Pedirle explicaciones? ¿Y si ella aprovechara que fue descubierta en esa fragilidad para confesarle que en realidad hay muchas otras y precipitar así el asunto de su internación? Adrián siente calor pero tiene las manos muy frías.

En el televisor sin sonido ve las imágenes de unos tipos barbudos y con cara de recios que avanzan en lancha por las aguas de un pantano. Conoce ese programa, lo vio alguna vez, pero nunca pudo entenderlo.

Vuelve a estudiar la cara llena de arrugas de su madre. Nunca la había notado tan vieja, tan reseca. También tiene arrugas en el cuello y en lo poco que llega a ver de su escote. El pecho de su madre se levanta y se hunde al ritmo de su respiración, una respiración dificultosa, intensa pero frágil, que cada tanto se interrumpe por unos segundos.

Una gruesa vena azul palpita en su cuello y Adrián imagina su recorrido: de los pulmones al corazón y de ahí al cerebro. Las venas conduciendo la sangre por todos esos órganos para alimentarlos y mantenerlos funcionando. Nunca nadie habla de la importancia de las venas, y en ese momento Adrián siente que no es justo, que a fin de cuentas de ellas dependen órganos mejor cotizados como el corazón o los pulmones. Además tampoco escuchó hablar nunca de trasplante de venas. Y para Adrián pensar eso es emocionante, porque es como estar frente a un tesoro recién descubierto: las venas son lo más valioso del cuerpo humano, lo único que no puede ser trasplantado, ni replicado, que no se puede arreglar o emparchar, y algo a lo que nunca nadie le dio demasiada importancia. Son como las joyas del anciano que lloraba diciendo «yo no sabía».

Adrián estira los dedos índice y mayor de la mano derecha y los apoya con suavidad sobre la vena que ve latir en el cuello de su madre. Siente los ecos de los latidos del corazón. Imagina la sangre haciendo fuerza para superar esa ligera presión y seguir su camino. Piensa en calcular los

latidos por minuto pero el único reloj que tiene a mano es el suyo, el que sigue escondiendo bajo la manga de su canguro gris, el horrendo reloj que le recuerda constantemente a su madre y el lazo de sangre que los va a mantener unidos para siempre. No importa que sólo lo use cuando la visita, porque incluso cuando vuelve a su casa y lo guarda en un doble fondo de su placard, el reloj es como una alarma siempre encendida. Algo caro pero vulgar, algo que le pertenece pero que no puede sacarse de encima, algo que detesta y con lo que no sabe qué hacer.

PIRAÑAS

La madre grita: «¡Cambien eso!» Pero los chicos sólo le bajan el volumen al televisor. No pueden dejar de mirar las imágenes de las pirañas, de las bocas dientudas y feroces de las pirañas que muestra el noticiero.

–¿Eran así tal cual? –pregunta Romina, y gira para sentarse de rodillas en el sillón y quedar de frente a su hermano.

–No las vi –responde Víctor tratando de que en su voz no se advierta el miedo.

–¿Y cuántas eran?

–No sé, no las vi, te digo.

–Pero ¿no las sentiste? Calculá. Más o menos. ¿Cien? ¿Veinte? ¿Cinco?

Víctor pasa rápidamente su mano derecha por las vendas que cubren la izquierda, que es a la que ahora le faltan dos dedos: el anular y el mayor. El espacio vacío aún le produce sorpresa y cierta decepción: sorpresa porque transcurrió apenas una semana desde el ataque y todavía no se acostumbró a la ausencia, decepción porque Víctor a veces piensa que de esas heridas podrían crecer dedos nuevos, que hasta que las heridas no cicatricen completamente hay lugar para el milagro.

Ahora es Romina quien mira la mano vendada.

–¿Los extrañas? –le pregunta.

Víctor responde que no con la cabeza.

–Si yo perdiera dos dedos los extrañaría muchísimo. Aunque no fueran mis preferidos.

Víctor imagina que una piraña gigante aparece desde atrás del sillón y se traga a su hermana sin masticarla. Después se queda pensando en si él tiene dedos preferidos. No. No tiene. O al menos no los tenía. Ahora que los perdió, sin embargo, podría decir que sus preferidos son los dedos anular y mayor de la mano izquierda. Si pudiera recuperarlos, los trataría con mucho cuidado y los luciría con orgullo. Mientras piensa, el aire se va espesando en su pecho, le llena los pulmones, pero después se convierte en algo viscoso que es difícil de expulsar. Siente lágrimas en los ojos y se pellizca las heridas a través de las vendas. Usa el dolor para distraerse de la tristeza y no llorar. Víctor no quiere llorar. Pero pensar en dedos preferidos lo puso demasiado triste. La culpa es de Romina. Víctor le tira del pelo y su hermana se queja.

–¿Qué te hice? –chilla.

–Naciste.

–Pero eso fue hace un montón –protesta Romina, y Víctor ve que ahora es ella la que tiene los ojos llorosos. Eso está mejor.

En la tele, el informe sobre los últimos ataques de pirañas acaba de terminar y Víctor cambia de canal. Hace zapping hasta que encuentra el canal de deportes, donde están pasando una pelea de lucha libre.

Después de que el mes anterior volviera a casa con la ceja partida y sangre de Matías Cresta en la remera, su madre le prohibió los programas de lucha y los videojuegos de guerra. Víctor sabe que no fue idea de su madre hacer esa distinción (el impulso de ella había sido prohibirle redondamente la tele y confiscarle la consola), sino de la psicopedagoga de la escuela. Los padres de Matías Cresta compartieron la reunión con su madre y la psicopedagoga y le prohibieron lo

mismo, incluso cuando a Matías no le interesa la lucha libre y sólo juega al FIFA14. Víctor y Matías se reconciliaron al día siguiente, luego de que ellos mismos y otros cinco compañeros de séptimo grado que habían sido testigos de la pelea declararan el empate. La prohibición, sin embargo, ya está durando demasiado, y Víctor cada tanto se pregunta qué estarán esperando para devolver todo a la normalidad. Todavía no lo intentó, pero sospecha que, bajo las nuevas circunstancias, su madre estaría dispuesta a olvidar todo. Le parece justo que así sea, y en ese momento se dice que vale la pena arriesgarse, así que en lugar de cambiar de canal sube el volumen cuando el presentador anuncia el nombre de los dos contrincantes de esa tarde.

–No podés mirar eso –dice Romina.

–Sí, puedo.

–No, no podés.

Víctor se acerca hasta quedar nariz con nariz frente a su hermana y murmura:

–Si le decís a mamá, te rompo la cara.

Romina aprieta la boca, abre grandes los ojos y se aparta apenas un par de centímetros. Víctor la ve pensar: ella sabe que él va a cumplir, siempre lo hace, pero está calculando qué posibilidades tiene de escapar. Para reforzar la amenaza, Víctor le muestra los dientes y sonríe. El gesto funciona al revés, es como un gatillo que hace que Romina junte coraje y grite:

–¡Mamá!

No es la madre la que aparece, sino el padre, que acaba de volver del trabajo.

–¿Qué pasa? –pregunta en tono severo; odia los gritos y las acusaciones.

Romina se repliega en su lugar y dice, en voz bajísima:

–Víctor está mirando una pelea.

El padre está de pie, de espaldas al televisor, y ni siquiera mira a Romina. Víctor intenta excusarse:

–Creí que ya no estaban prohibidas.

Romina se baja del sillón y se escabulle hacia la cocina como una serpiente, silenciosa y traicionera.

–¿Y por qué no van a estar más prohibidas? ¿Por el accidente?

Víctor piensa que sí, pero no dice nada.

–Mejor acostumbrate. La vida sigue.

Víctor no entiende por qué le habla así, enojado. Su padre apaga la tele. Tiene una mancha de sudor en la espalda de la camisa. Siempre llega a la casa transpirado. Es como si en cualquier época del año el mundo fuera demasiado caluroso para él.

–¿Qué hiciste todo el día? –le pregunta mientras vacía los bolsillos en la mesita. La billetera, las llaves de la camioneta, monedas, el encendedor.

–Nada –responde Víctor–. Mamá dijo que tenía que descansar.

–¿Pero estabas cansado, vos?

Víctor se encoge de hombros.

–Llévale esto a tu madre. –Y le da una bolsa con el logo de la farmacia.

Víctor se levanta rápido y siente un leve mareo. No dice nada y da unos pasos hasta su padre, que lo mira fijamente. Víctor sabe que lo está evaluando, como hace a veces, y se esfuerza por parecer más seguro, más firme, más alto. Cuando agarra la bolsa y gira para dirigirse a la cocina, siente la mano de su padre sobre la cabeza.

–Recordale que el de la caja azul va en la heladera.

Víctor se aleja por el pasillo sabiendo que su padre aún lo está mirando. El mareo pasó, pero al

levantarse bajó las dos manos, la sangre se acumuló en las heridas y le provocó un dolor agudo, como descargas eléctricas; realmente tiene que hacer un esfuerzo para no quejarse. En el mismo instante en que Víctor se asoma a la cocina, oye que a sus espaldas se cierra la puerta del baño.

Todos los días de la semana, a eso de las siete y media de la tarde, su padre llega a la casa, vacía sus bolsillos y se da una ducha. Y todos los días de la semana, un rato antes de que él llegue, la madre le deja una muda de ropa limpia en la banqueta que hay al lado de la bañera. Abajo la camisa, encima la camiseta y arriba de todo las medias y un calzoncillo. Su madre también prepara la ropa limpia para él y para su hermana, pero no lo hace de la misma manera. Hay algo en lo que ella hace para su padre que es diferente, que tiene un significado que sólo ellos dos entienden.

En la cocina, su madre está lavando los platos y ollas que usó para preparar la cena. Ya limpió la mesada y el horno está prendido. Huele a carne asada. Romina está a su lado, subida a una silla para quedar a la misma altura, y la ayuda alcanzándole las cosas sucias mientras las dos conversan. Ni siquiera se dan cuenta de que él está ahí, parado junto a la puerta. Víctor siente que podría atravesarlas, que su madre y su hermana ya no tienen cuerpos, sino que son polvo y partículas que flotan en el aire formando siluetas, pero que ahí ya no hay nada verdadero. Se imagina que pasa corriendo a toda velocidad a través de ellas y que las partículas se dispersan y se mezclan en el aire y que caen por fin al piso como las cenizas de un volcán que él podría barrer, meter en una bolsa y arrojar al río.

–¿No tendrías que estar recostado, vos? –pregunta la madre, que en algún momento advirtió su presencia y ahora mira a Víctor con el ceño fruncido.

–Papá me dijo que te dé esto.

La madre camina hasta él sacándose los guantes de goma y agarra la bolsa de la farmacia mientras le pone una mano en la frente.

–Dice papá que te acuerdes que el de la caja azul va en la heladera.

–Tenés fiebre.

En tres frases, la madre le explica a Romina dónde guardar todas las cosas que hay en la bolsa y en qué estante de la heladera poner el remedio de la caja azul. Dice todo esto sin mirarla ni una sola vez, tampoco lo mira a él. Lo que está mirando con mucha atención es el vendaje de Víctor, como si pudiera ver a través de las gasas y los algodones. Le huele la mano. Desde el ataque, su madre se porta de forma extraña. Le toca la frente, el cuello, le pregunta cada dos por tres si tiene frío, o calor, se lo queda mirando, lo olfatea. Parece un perro siguiendo un rastro y Víctor piensa que quizá ella también está esperando que los dedos vuelvan a crecer. Pero de vez en cuando esa actitud de ella le provoca un mal presentimiento, como si las cosas pudieran empeorar y su madre sólo estuviera intentando anticiparse.

Víctor no se acuerda nada del traslado en ambulancia hasta el hospital. Después del ataque, lo sacaron desmayado del río y en la guardia lo mantuvieron sedado para limpiarle las heridas. Lo que mejor recuerda de los dos días que estuvo internado es el momento en que abrió los ojos. Sus padres estaban sentados cerca de la puerta y discutían en voz baja sobre algo que su madre señalaba en unos formularios que tenía sobre la falda. Romina estaba de pie junto a la cama y había apoyado los codos junto a él para mirarlo fijamente.

–Te comieron las pirañas –le dijo en cuanto se dio cuenta de que Víctor estaba despierto.

Detrás de ella, Víctor vio unos cuadrillos con osos y ranas y elefantes en colores pastel, los típicos adornos de un cuarto de bebé. Víctor preguntó dónde estaba y su madre saltó de la silla para acercarse y explicarle en voz baja que estaba en el hospital, que todo iba a salir bien, que se

quedara quieto. Su padre miraba el piso y cruzaba y descruzaba los dedos como hace siempre que se tiene que aguantar una situación incómoda. Víctor no logró hacerle entender a su madre que lo que en realidad quería saber era qué estaba haciendo él en un cuarto con esos cuadritos horribles. No tenía nada que hacer en un cuarto como ése, y su padre tampoco. Después llegó la enfermera. Ella también tenía un osito de peluche como prendedor. La enfermera fue la encargada de explicarle lo que había pasado durante el ataque y algunos detalles sobre las curaciones, hasta que llegó a la parte de los dedos amputados. Víctor sólo dejó de concentrarse en el osito de peluche cuando la enfermera dijo: «Había que proteger el resto de la mano.» Entonces Víctor levantó el brazo izquierdo y vio que tenía la mano vendada, pero todavía tardó unos segundos en identificar el pedazo que faltaba. La enfermera siguió con la explicación de lo que debería pasar en los siguientes días, los controles y demás curaciones que iba a necesitar, lo que quizá sentiría por causa de los antibióticos y los sedantes que le estaban dando. Hablaba con tranquilidad pero gesticulaba mucho: parecía una azafata detallando las salidas y procedimientos de emergencia antes del vuelo. Junto a ella, la madre le sonreía a medias, con los ojos llorosos, el padre lo miraba casi sin pestañear y Romina se había parado detrás de la mujer para imitar sus gestos como un espejo deformante. Antes de que le dieran el alta, esa misma enfermera había vuelto al cuarto para aclararle a su madre cómo debía cambiarle las vendas y mantener limpias las heridas. Víctor no recuerda haber visto nunca a ningún médico, y se pregunta si toda la cuestión del reposo y de controlarle la fiebre a cada rato serán cosas de esa mujer.

–Andá a ver la tele y quedate quieto –le dice su madre.

Víctor ve brillar la oportunidad y la agarra:

–¿Puedo ver una pelea?

Su madre hace una mueca.

–¿Una sola? –insiste Víctor.

Él sabe que va a decirle que sí, pero también sabe que antes ella tiene que hacer la cuenta por sí misma para llegar a la conclusión de que Víctor ya cumplió una condena justa y que corresponde liberarlo.

–Está bien –dice al fin–. Una sola y después apagan.

–Pero papá dijo... –dice Romina, pero su madre la interrumpe:

–Que hable conmigo si no le gusta.

Víctor vuelve al sillón con una sensación de triunfo que lo hace olvidar el dolor y el cosquilleo eléctrico. Romina lo sigue y se sienta al lado de él. La pelea en la televisión recién empieza y Víctor deja el volumen bajo, con la esperanza de que termine antes de que su padre se dé cuenta de que le sacó ventaja. En el tercer round, Víctor siente su presencia. Está parado detrás de él. No dice nada pero su respiración carga el aire con una intensidad diferente.

–Mamá le dio permiso –se apura a decir Romina.

El padre sigue en silencio y se va a la cocina. Da un portazo al entrar. Víctor y Romina conocen bien esos silencios, y los portazos, y lo que viene después.

–La culpa es tuya –le dice Romina.

–No, es tuya –responde Víctor, y los ojos le arden como si toda la cabeza se le estuviera incendiando.

Romina niega y frunce los labios en una sonrisa burlona. Víctor aprieta los dedos que le quedan de la mano izquierda y siente una puntada de dolor, pero igualmente le da un puñetazo en las costillas con toda su fuerza. Hay un chasquido mínimo, un crac que se apaga bajo los gritos de los dos. Víctor se agarra la mano y gime. El dolor que ahora irradian las heridas le va tomando el

brazo, el pecho y la cabeza. Es una oleada de calor y tirones que le da náuseas. En la cocina se está librando otra batalla y nadie sale para preguntar qué pasó. Romina gime como un perro ahogado y tiene la cara roja y no para de toser. Víctor la mira y sube el volumen del televisor.

LOS RESTOS

El teléfono sonó muy temprano. No eran ni las siete de la mañana y Marta se apuró para llegar a la cocina. Marta ya no podía correr. Lo que hacía era caminar rápido, sin levantar demasiado los pies y apretando los puños, como si con los puños apretados pudiera imprimirles algo de velocidad a sus pasos. Cuando llegó a la cocina estaba agitada, y el apuro no le había servido de nada, porque su hermana Graciela ya estaba hablando, o escuchando, y Marta sólo alcanzó a verla asentir con la cabeza y cortar.

–Era Héctor –dijo Graciela cuando Marta dio un paso al frente para hacerse ver–. Se terminó.

Eso quería decir que Nora, la menor de las tres hermanas, había muerto. Se imaginó a Héctor diciendo «Ya está», o «Se fue», o haciendo silencio para que Graciela pudiera imaginar lo que había pasado. Y Marta se preguntó, como lo hacía siempre en circunstancias como ésta, por qué nadie dice «se murió» cuando alguien se muere. Las personas dan vueltas alrededor de ese tipo de palabras para evitarlas, como si estuvieran demasiado crudas para tragárselas.

Graciela se había sentado en una de las sillas de mimbre. El primer sol de la mañana entraba en la cocina y volvía visibles las partículas de polvo que volaban alrededor. Marta tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse centrada en lo que acababa de escuchar. El polvo le resultaba violento, una invasión, una amenaza. Y todo ese polvo, que parecía bailar en torno a su hermana, la hizo pensar en un espectro.

–¿Y ahora? –preguntó Marta.

Graciela levantó la cabeza para mirarla y dijo que ellas tendrían que ocuparse de preparar la casa, que Héctor y los chicos iban a hacer los arreglos a la funeraria.

–¿Te dijo cómo? –quiso saber antes Marta–. ¿Qué pasó?

–¿Qué va a pasar? Si hace semanas que estaba cada vez peor..., meses.

–Ya sé, sí. Lo que no entiendo es cómo, cómo pasó, qué pasó, a qué hora. Ayer a la mañana vos hablaste con Héctor y te dijo que Nora estaba bien. Aguantando.

–No sé, te imaginarás que no me puse a pedirle detalles...

Pero detalles era lo que Marta necesitaba. Para ella la muerte era un acontecimiento, algo que ocurre y que, por lo tanto, tiene un paso a paso, como una fiesta o una receta o una mudanza. Si alguien dice «me mudé» uno le pregunta adónde, cuándo, incluso puede preguntar por qué si es que la mudanza le resulta algo repentino o inesperado. Hay muchas formas de morir, incluso en el caso de los desahuciados. Hay detalles que modifican todo y hacen que cada muerte sea *la* muerte de alguien.

Hacía años que Marta estaba haciendo un catálogo de todas las muertes cercanas, sentía que quizá eso le daría la oportunidad de adivinar o elegir la propia. En su caso sospechaba que iba a morir de repente, de un ataque al corazón quizá, en pleno invierno, y que iba a estar sola, en la calle, y que los paramédicos tendrían que abrirse paso entre su bufanda, el abrigo, el doble suéter, la blusa y la camiseta que solía usar en días fríos antes de descubrir que ya no podían hacer nada por ella. Su viaje al hospital sería en una ambulancia silenciosa, un viaje idéntico al que haría luego a la funeraria y finalmente al cementerio.

–Si no te apurás me voy sola –dijo de pronto Graciela a sus espaldas, y Marta se quedó mirándola. No podía imaginar una muerte para Graciela.

- ¿Le aviso a Camila? Quizá quiera mandar algo, o llamar...
- Es tu hija, hacé lo que quieras –dijo Graciela cerrando la puerta del baño a sus espaldas.
- Ella quiere mucho a su tía...
- Quería –corrigió Graciela, asomando apenas la cabeza antes de volver a desaparecer tras la puerta.

Cuando llegaron, la casa estaba vacía. El gran caserón de Nora y su familia. Al enviudar Marta, y porque su única hija llevaba seis años viviendo en Estados Unidos, ella pensó que Nora o al menos Héctor le ofrecerían vivir con ellos. Tenían tanto espacio, y ella podría haberles sido de mucha ayuda. Pero al poco tiempo a Graciela le cayó lo de la jubilación obligatoria y lo más lógico para todos fue que Marta y Graciela vivieran juntas. Así, y hasta antes de que Nora se enfermara, el caserón fue un lugar al que sólo iban si las invitaban, y nunca estaban invitadas más que al almuerzo de Pascuas, a las cenas de Navidad y Año Nuevo y a algún que otro cumpleaños. Nora y Héctor eran de esos matrimonios que tienen «amigos», y cualquier otra fecha especial era un buen motivo para juntarlos. En ese tipo de reuniones, no había lugar para ellas dos, las tías.

Hacía años (mucho antes de que Camila y los hijos de Nora empezaran a frecuentarse sin necesitar como excusa los eventos familiares, mucho antes de los rumores maliciosos que habían intentado vincular a Graciela con Héctor, mucho antes incluso de aquella horrible pelea por lo del préstamo en la que Marta se sintió tan maltratada) que habían dejado de ser Marta y Graciela para ser sólo «las tías». Y Marta sospechaba que, en la intimidad, no les decían así siempre, sino que les decían «las viejas», o peor. Como si sólo para ellas hubiera pasado el tiempo. Como si Nora, incluso a pesar de la enfermedad, siguiera siendo la niña ágil de huesos fuertes y el buen humor de un cachorro. Nunca habló de esa sospecha con Graciela, ni siquiera se animaba a usar la palabra «vieja» frente a ella.

Para entrar usaron la llave que Héctor les había dado hacía más de un año, cuando Nora se puso mal, una llave que Nora había intentado arrebatarles hacía poco menos de dos meses, cuando se puso peor. Por un par de horas la gran casa sería toda para ellas. Sin testigos. Héctor y los chicos no llegarían hasta que terminaran los trámites, con el tiempo justo para recibir a quienes se acercaran a darles el pésame.

Nora había hablado mucho de ese momento y todos sabían que, en lugar de velatorio, ella quería que se hiciera una reunión íntima en su propia casa, donde quienes lo necesitaran pudieran reunirse para hacerse compañía. También había dicho que no quería cajón, ni entierro, ni urna, ni nada. «Al fuego y listo», solía decir. Marta todavía se estaba preguntando qué alternativa habrían encontrado Héctor y los chicos para resolver el asunto y satisfacer esas exigencias. ¿Una bolsita?, se dijo a sí misma, y tuvo que contener una sonrisa.

–Dejemos todo en la cocina –ordenó entonces Graciela, y Marta volvió de sus pensamientos para tratar de seguirle el paso a su hermana, que avanzó por la casa como si no cargara dos bolsas llenas sino un ramo de jazmines y un largo velo blanco.

La cocina de esa casa no se parecía en nada a la del departamento donde ellas vivían. Allí el espacio era amplio y en cada pared había una gran ventana desde donde se podía ver el jardín. La mesada central era de la misma madera que los pisos del resto de la casa. Alguna vez Héctor les había contado que, durante la reforma, Nora se había negado a tirar las vigas de madera que habían tenido que sacar para ampliar el living, y que había convencido al carpintero de que, con

eso, le construyera aquella mesada y un banquito que era el que usaba para alcanzar los estantes más altos de las alacenas.

–Nunca entendí para qué tantas molestias si no sabía preparar ni una tortilla decente –dijo Graciela mientras dejaba en la mesada las bolsas con las bandejas y fuentes de plata que habían llevado para servir la comida.

También habían llevado sus manteles más finos, que las últimas semanas Marta se había ocupado de mantener impecables y planchados (sabía que en casa de Nora no había más que manteles coloridos de algodón), y paquetes de la mejor confitería del barrio. Para muchos ésa sería una tarde amarga, y Graciela dijo que ellas debían encargarse de que todos tuvieran la boca llena de comida y no de frases hechas y comentarios fuera de lugar.

Marta se ocupó de lavar los vasos, las tazas y los platos de la mejor vajilla que pudo encontrar, mientras que Graciela, concentrada y tensa, dispuso las rodajas de strudel, los pastelitos y las masas en las bandejas, con una armonía que intimidaría a cualquiera. Después llevaron las fuentes a la gran mesa del comedor. Marta había comprado unas flores y armó con ellas un discreto centro de mesa, nada que pudiera remitir a un detalle festivo, sino algo elegante y discreto.

Graciela abrió las ventanas para airear la casa. Un aire fresco, propio de principios de otoño, llenó de pronto el comedor. Pero no era aire limpio, olía a humo, quizá estaban quemando hojarasca en algún jardín vecino, y Marta pensó en Nora, en dónde estaría en ese momento el cuerpo de Nora, y se preguntó si no sería más prudente volver a cerrar todo. Iba a decírselo a Graciela cuando la vio parada junto al ventanal abierto, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás y los ojos cerrados.

–El otoño es perfecto –murmuró Graciela, y Marta decidió no mencionar el olor, el humo o el cuerpo de Nora.

Aunque nadie iba a subir, ni nadie tendría por qué hacerlo (sólo en la planta baja había dos baños y un pequeño toilette, además de sillas y sillones de sobra), Graciela dijo que quería asegurarse de que, si alguien se les perdía de vista y decidía hacer una incursión por las habitaciones, no encontrara nada que pudiera resultar incómodo para Héctor o para los chicos. En especial tenía que revisar el baño de Nora y el cuarto que había usado esos últimos meses.

Antes de subir, y tirada junto a la escalera central, Graciela encontró una campera de Héctor, que seguramente él había olvidado en el apuro. Marta la vio levantar el abrigo del piso, aplastarlo contra su cara y aspirar profundamente. Ella sabía que Héctor olía a tabaco, lavanda y cuero. Aunque cambiara el perfume, o no estuviera fumando (había intentado dejarlo varias veces), él siempre olía igual. Estuvo a punto de comentárselo a Graciela, pero una vez más prefirió callarse. Porque Graciela estaba ahí, podía verla, pero al mismo tiempo estaba en su propio mundo, uno al que se retiraba de vez en cuando y en el que Marta sabía que no era bienvenida.

Mientras escuchaba a su hermana ir y venir por el segundo piso, abajo Marta se ocupó de la repisa de las fotos. Allí había diecisiete portarretratos con fotos de la familia que ellas, en cada una de sus visitas, habían repasado hasta memorizarlas. Incluso les habían puesto nombre. En todos aquellos años algunas fotos no habían cambiado, pero cada tanto había aparecido alguna nueva.

Luego del llamado de esa mañana, cuando Graciela ya se estaba peinando para salir, había dicho:

–Tenemos que sacar la foto de los dientes.

Marta pidió ocuparse de esa tarea y ocultó entre los libros del último estante de la biblioteca aquella foto que siempre les había molestado y que ese día en particular les resultaba incómoda.

Se trataba de una foto de Nora que Héctor había sacado en la luna de miel. Una joven Nora con los pies hundidos en la arena blanca, los brazos extendidos de quien está esperando un abrazo y la boca abierta en una vistosa carcajada en la que Marta y Graciela alcanzaban a verle los dientes, todos chiquitos y parejos como las joyas de una tiara.

—¿La guardaste? —preguntó Graciela cuando volvió al living.

—Ajá... La puse ahí. —Y Marta señaló el marco de madera que apenas asomaba entre los libros.

—Ahora la de los flequillos.

Graciela se refería a una foto de Nora y los chicos que habían tomado en la pileta. Mariela y Federico, entonces de cuatro y seis años, asomaban medio cuerpo fuera del agua, los flequillos rubios empapados y pegados a la frente, abrazaban a su madre por el cuello. Los chicos reían divertidos, pero se les notaba el miedo, porque estaban en lo profundo y no llevaban flotadores en los brazos. Todo lo que los sostenía a flote era Nora, que también sonreía, aunque lucía serena, confiada en que ella sola era más que suficiente para mantener a sus hijos a salvo. Quien mirara con atención, como lo habían hecho ellas, también podría advertir, en la superficie celeste del agua revuelta, el reflejo fragmentado de Héctor en el instante en que sacó la fotografía.

—No sé, Gra, ¿te parece? Están los chicos...

Una mirada de Graciela bastó para que Marta buscara otro lugar entre los libros y escondiera también aquella foto.

Las dos permanecieron unos minutos más frente a la repisa, hasta que Graciela sonrió a su hermana con cierta picardía y rescató del fondo una foto que permanecía semioculta. La colocó en el frente, donde siempre habían querido verla. Era un portarretratos de plata, con una foto amarillenta de las tres hermanas en el jardín de la casa de su abuela. Nora sostiene el gato negro que las otras dos acarician intentando sobornarlo para que cambie de falda. Graciela tiene unos catorce años y el hermoso pelo lacio y oscuro, del mismo tono que ahora debía simular con tinturas baratas. Marta, de doce años, sonríe con la boca muy apretada. Nora no tiene más de cinco años y sus grandes ojos brillan tanto como los del gato.

—Era un gato horrible —dijo Graciela.

—Malo.

—¿Te acordás cuando te arañó la cara? Sangrabas tanto...

—Pero la abuela no dijo nada.

—La abuela adoraba al gato ese.

—Nora también.

—«Norita»... —corrigió Graciela.

—Norita, sí... —repitió Marta.

—«Miren a Norita» —dijo Graciela, que había alzado la voz imitando la de su abuela.

—«Hagan como Norita» —la siguió Marta.

—«No discutan con Norita» —dijo Graciela mientras reía con voz ronca.

—Norita... —susurró Marta al fin, desinflándose.

—¿Querés que te muestre algo divertido? —dijo entonces Graciela.

Marta la miró intrigada. No estaba segura de qué significaba exactamente la palabra «divertido» para su hermana, pero la siguió escaleras arriba. Graciela aún tenía esa forma de andar tan distinguida, de espalda recta y mentón alzado. Verla subir las escaleras era como ver una estela de ceniza arrastrada por el viento. Andaba como si no necesitara de los escalones más que para sugerirle el recorrido. Marta debía empujarse a pura voluntad para semejante subida. La

artritis y el lumbago la tenían cada vez peor, y aunque las pastillas de cartílago de tiburón y los suplementos vitamínicos la estaban ayudando, las escaleras ya no eran lo suyo.

Una vez arriba, Graciela actuó una reverencia para indicarle a Marta que entrara en una de las habitaciones. Hacía tanto tiempo que Marta no andaba por esa parte de la casa que no supo frente a qué cuarto estaban exactamente. Podía ser el que había ocupado Mariela hasta que se casó, de eso hacía ya siete años. Marta recordaba cada detalle de la boda y todavía guardaba, en el cajón de su mesa de luz, el souvenir: una caja plateada con un mazo de cartas muy finas y una tarjeta con una inscripción en inglés: «Lucky in love». O podía ser el de Federico, que ahora iba y venía entre el campo de la familia de Héctor, que él administraba, y un departamento en el centro mucho más grande que el que les habían cedido a ella y a Graciela. Pero creía recordar que, en alguna cena, y en tono de broma, los chicos se habían quejado porque sus padres, en cuanto ellos pusieron un pie afuera de la casa, habían vaciado sus cuartos para transformarlos en un escritorio para Héctor y un atelier para Nora, que nunca había dejado de pintar. «La vida sigue», les había respondido Héctor también en broma, y todos menos Marta le vieron la gracia al asunto.

Al abrir la puerta, a Marta le alcanzó una mirada rápida para saber que ése era uno de los cuartos de huéspedes, el que alguna vez había creído que podría ser el suyo si la hubieran invitado a mudarse con ellos. Sintió un nudo en el estómago al ver que aquella hermosa habitación, con grandes ventanas y piso de parquet, se había convertido en un cuarto de cachivaches, atestada de cajas y archiveros, y bolsas con ropa, y bastidores, y montañas de biblioratos y papeles. El gran placard que había sido de la familia ocupaba un rincón en la semipenumbra, donde era imposible apreciar el espejo biselado, las molduras, el hermoso trabajo de tallado de las puertas y la herrería.

—Mirá que peleó tanto para quedárselo, y ¿para qué? ¿Para tenerlo acá tirado? —dijo entonces Marta mientras avanzaba por el cuarto rumbo al placard.

—No peleó nada. La abuela le dijo que podía elegir lo que ella quisiera.

—Y yo le pedí que no eligiera el placard.

—Pero vos ya habías elegido el juego de dormitorio —dijo Graciela sin prestarle demasiada atención mientras levantaba una gran caja blanca que estaba atada con una cinta también blanca.

—Y el placard completaba el juego... Además ella no lo necesitaba. Héctor le habría comprado cinco como ése si se lo hubiera pedido.

—Terminala con el placard y vení, que te quiero mostrar algo —le dijo Graciela apoyando la caja sobre una vieja mesa de jardín.

Marta se acercó a Graciela y a la gran caja blanca y vio que lo que había dentro, protegido por una funda de tela, era el vestido de bodas de Nora, el que se había hecho traer especialmente de Milán, el de los puños bordados con perlas auténticas y finísimos encajes.

Graciela sacó el vestido de la caja y lo sacudió como si fuera un mantel lleno de migas. Lo apoyó contra su pecho y dijo:

—A que me entra.

—No, Graciela —balbuceó Marta.

—Soy más alta, ya sé..., pero te aseguro que me entra —dijo y, guiñándole un ojo, agregó—: No sería la primera vez...

—¡Graciela! —chilló Marta, interrumpiéndola.

—Está bien, está bien. Dejo el vestidito pero si vos hacés algo por mí. —Marta esperó en silencio. No se le ocurría nada que ella fuera capaz de hacer que a Graciela pudiera interesarle—. Vas a abrir esa caja de ahí, la azul, y te vas a elegir alguno de esos chales que tanto te gustan.

- No hace falta, Gra, yo no quiero...
–Te lo merecés –dijo entonces Graciela, y su voz sonó igual que cuando le daba alguna orden.
–¿Y vos?
–Yo ya tengo lo que quería –dijo Graciela saliendo del cuarto.

A media mañana, la casa estaba lista y sólo les faltaba preparar el café. Marta y Graciela estaban en la cocina, quejándose de la moderna cafetera que a duras penas habían podido cargar y poner en funcionamiento, cuando sonó el teléfono. Graciela corrió a atender y Marta se paró junto a ella, con la oreja pegada al auricular.

- Tenemos para una hora todavía –dijo Héctor.
–No te hagas problema.
–¿Encontraron todo lo que necesitaban?
–Sí, no te preocupes, ahora terminamos con el café y nos sentamos a esperarlos. Está todo listo.
–Se lo agradezco tanto.
Graciela lo despachó con una despedida pragmática.

–Si se pone a llorar te juro que no sé... –dijo Graciela al cortar.

Marta se quedó esperando que su hermana completara la idea, pero Graciela sólo dijo que el café ya estaba listo.

El aroma del café recién hecho inundó la casa. En una de las novelas policiales que Marta solía leer y que disfrutaba tanto se había enterado de que ése era un truco de los policías: después de las primeras pericias preparaban café, incluso lo quemaban, para borrar el olor a muerto de la escena del crimen. Se estremeció al pensarlo y agregó eso a la larga lista de cosas que no podía comentar con Graciela, porque ella detestaba ese gusto suyo por los policiales.

Batieron crema, la sirvieron en las jarritas blancas y calentaron leche.

–Muchos prefieren el té –dijo Graciela, y Marta se apresuró a poner a calentar una pava con agua y lavar también las tazas de té para sumarlas a la vajilla que habían dispuesto en una mesita de apoyo.

–¿Y los licores? –preguntó Marta.

–Si alguien quiere licor, que pida, así vigilamos un poco. En estas situaciones se pone todo el mundo muy sensible, muy irritable.

–¿El whisky tampoco?

–Menos, por Héctor.

–Héctor... –Marta paladeó ese nombre intentando descubrirle sabores nuevos-. ¿Y si es la última vez que venimos a esta casa? Ahora que Nora se murió...

Graciela dejó el repasador sobre la mesada en un gesto brusco y miró a su hermana. Había fruncido la boca y Marta supo que estaba haciendo un gran esfuerzo por controlarse.

–Mirá, Marta, si vos no conocés tu lugar en esta familia, problema tuyo –le dijo, y cada palabra sonó como una piedra al golpear el fondo de un pozo-. Héctor ahora está solo.

–Están los chicos, ¿no?

–Esos dos ya tienen su vida. Héctor está solo.

Marta pensó en su hija, en las llamadas esporádicas que recibía desde esa extraña ciudad que apenas lograba imaginar con las fotos que Camila le había mandado los primeros años, en que conversar con ella era cada vez más difícil y todo se reducía a un intercambio de preguntas por la salud, el trabajo, el clima, las diferencias de horario.

–Pero viven cerca, ellos se acompañan mucho –replicó Marta, que no estaba tratando de discutir con su hermana sino de facilitar la charla hasta que Graciela lograra decirle cómo iban a hacer ellas ahora para no desaparecer completamente.

–Eso era con Nora. Con Héctor es distinto. Él nos va a necesitar. Ya vas a ver. Los hombres no saben estar solos.

–Es que...

–Es que nada. Mejor andá a atender, que viene alguien.

Y en ese segundo sonó el timbre.

–¿Sos adivina, vos? –dijo Marta abriendo grandes los ojos.

–Lo vi por la ventanita de la cocina, boba. Trae flores. Un ramo enorme.

–¿Muy grande?

–No sé dónde lo vamos a poner. Es un problema eso..., no hay floreros decentes en esta casa.

–¿Abro yo? –quiso saber Marta, que no sabía si ayudar a su hermana a buscar un florero o si recibir el ramo.

–Andá, sí. Y agarrá unas moneditas de mi cartera para el chico...

Marta, monedero en mano, tuvo que cruzar todo el comedor para llegar a la puerta de entrada y aprovechó ese instante para apreciar el brillo de las cucharitas y los tenedores de postre dispuestos en abanico junto a las pilas de platos blanquísimos, el colorido de las masas y bocaditos organizados en torres de simetría perfecta sobre las bandejas de plata, el discreto baile del ruedo de los manteles que se agitaban por el aire de las primeras horas de la tarde, el toque de frescura que aportaba el arreglo de flores que ella misma había elegido y preparado, el aroma del café que cargaba de energía el ambiente. Su sonrisa era plena cuando pasó junto a la cocina y escuchó que su hermana decía:

–Dios quiera que a nadie se le ocurra mandar una corona acá. –Y después, casi para sí misma–: Sería tan desubicado.

LIMBO

No fue por venganza. No soy una persona vengativa. Me falta memoria emocional para alimentar un sentimiento como ése. Sí tengo una excelente memoria fotográfica. Puedo acordarme de lo que me había puesto para la primera consulta con Ribero, si tenía el pelo suelto o atado, el color de los sillones de la sala de espera antes de la remodelación del séptimo piso, cuántas lapiceras asomaban del bolsillo superior de su guardapolvo blanco, el color de la corbata que él estaba usando. Pero no recuerdo qué sentí cuando, después de mirar todos mis estudios con los que durante un año había peregrinado por clínicas, consultorios y hospitales, Ribero finalmente le dio un nombre a lo que me estaba pasando. Me hago la imagen mental de ese momento y el resto está en blanco. Como si no hubiera sido yo la que estaba escuchándolo sino una foto mía en tamaño natural, un póster. De eso hace seis años.

Una semana atrás llamé para pedir el turno de uno de mis controles anuales. Por lo general llamo a recepción, no al interno de la secretaria, porque pedir un turno es burocracia de la más básica y no me gusta molestar a Sandra por esas cosas. Pero ese día los de la recepción dijeron que Ribero no estaba disponible y me ofrecieron a algún otro médico de la plantilla. Dije no, yo soy paciente de Ribero. Sin embargo, no les pude sacar nada más que amabilidad y otras alternativas que no lo incluían a él. Corté, llamé de nuevo y disqué el interno del consultorio. Sólo los pacientes con más antigüedad tenemos ese número y nos llamamos con Sandra por nuestros nombres de pila. Con ella nunca hace falta el apellido, ni la fecha de nacimiento, ni el número de plan de la prepaga. Nada. Todo es hola Sandra habla Fulana y ella enseguida te saluda cordial, te ofrece un turno o te pregunta qué necesitas. Ese día me atendió y dijo: «No estoy dando turnos, no tengo, pero te puedo recomendar a Munro, es de su equipo, todos sus pacientes se los estoy derivando a Munro, es sugerencia del doctor.»

No fue fácil hacer que bajara la guardia y olvidara el discurso que tenía preparado para calmar ansiedades y reorganizar la compleja agenda de Ribero. Pero soy buena para la conversación, sé advertir los matices de la voz del otro, ponerme en sus zapatos e ir acomodando las fichas para que el comentario inofensivo eventualmente se transforme en excusa para llegar a lo otro, a eso de lo que no hay que hablar. Así fue como logré que Sandra al fin dijera: «Es terrible, nadie sabe qué le pasa, tres días en Cartagena, vuelve bien y de golpe es como si se hubiera apagado. Lo internaron.» Ribero estaba internado en su propia clínica. Ni siquiera intenté sacarle el número de habitación porque me dio pena, sabía que, en cuanto cortáramos, la pobre Sandra se iba a quedar lamentándose por haberlo traicionado, porque lo iba a vivir como una traición, así como yo estaba viviendo como un triunfo haberle sacado lo indecible: Ribero está enfermo y nadie sabe qué le pasa. Ribero no sabe qué le pasa a Ribero. Ribero a la deriva y a la espera de que las manos de otros controlen sus reflejos, analicen su sangre, levanten sus placas, las apoyen contra el vidrio de alguna ventana y lo saquen de la incertidumbre.

Estar enfermo y sin diagnóstico es como estar en el limbo. Cuando empezó lo mío yo sabía, por ejemplo, que mi cuerpo estaba mal, que algo se había roto, pero sin nombre para lo que me estaba pasando todo era posible. En la lista de síntomas había un cosquilleo en las piernas que estaba a mitad de camino entre los ecos de un calambre y la sensación de estar caminando sobre un colchón de agua. Parálisis fue una de las opciones. A eso había que sumarle que sentía los ojos

hundidos, los párpados pesados y que claramente estaba viendo menos que antes. La alternativa se convirtió en parálisis y ceguera. Los síntomas no estaban ahí como algo que terminaba en ellos, sino como el aviso de lo que iba a venir. La muerte entonces también era una posibilidad. El limbo de los enfermos sin diagnóstico es un salto de Bungee Jumping, un ataque de rottweiler, un resbalón en la bañera: se sabe cómo empieza pero no cómo va a terminar.

Es un lugar común que los médicos son los peores pacientes. Pero para mí Ribero es mucho más que un médico. Después de aquella primera consulta, fue como haber encontrado no sólo un médico y un diagnóstico, sino un padre para mi enfermedad. Un padre sincero, sin sentimentalismos y con mano firme. El día que le puso un nombre a lo que me estaba pasando habló con voz muy clara y después hizo silencio, un silencio largo. Me estaba esperando, estudiando mi reacción, y recién después de que yo dijera «¿Y ahora?» vino su frase (a partir de ese momento se la escucharía decir en cada control de los tres controles anuales): «No hay que bailar un malambo ni cantar un tango.» Ésos eran los dos extremos que Ribero contemplaba para el universo anímico de sus pacientes, y él se encargaba de recordarnos la importancia de transitar el camino sin desesperación. «Vida normal», ésa era otra de las cosas que le gustaba decir, como si la enfermedad fuera la regla y no la excepción. ¿Qué pensaría ahora, desde su cama de hospital, de las reglas y las excepciones?

La enfermedad tiene también sus propios sueños. Un día soñé que mi pierna derecha estaba hecha de plumas y que no podía salir a la calle porque el viento volaría las plumas y me quedaría sin pierna. Soñé que tres funcionarios de traje negro y sombrero bombín tocaban el timbre de mi casa para llevarse mis manos. «Son mías», les decía yo, pero ellos me mostraban unos formularios con el sello de no sé qué ministerio y yo sabía que tendrían que llevárselas. «Son mías», seguía llorando. Soñé que menstruaba papelitos con los nombres de ciudades que no conozco. Soñé que cosía lentejuelas al traje de un gigante y que tenía que hacerlo mientras él dormía, sin despertarlo. Soñé que estaba en el zoológico y se me caía un ojo en el estanque de los patos. Soñé que inventaban una cura.

Después de deambular un rato por la clínica, encontré a Ribero en la habitación 162. Ribero con el torso desnudo, tapado hasta la cintura por una sábana blanca. No estaba conectado a ningún aparato, no había monitores encendidos o enfermeras custodiándolo. Sólo Ribero semidesnudo, dormido. Vi un par de pantuflas grises gastadas, una bata azul de toalla a los pies de la cama. En la mesa de luz había una botellita de agua mineral, sus anteojos, un celular, una lapicera con el logo de la clínica, una agenda, una máquina de afeitar eléctrica. ¿Estarían su camisa y su corbata, sus pantalones de vestir, el guardapolvo blanco, colgados en el placard de la habitación? ¿Estaría ahí también su par de zapatos negros, esos mocasines con flecos que a mí me causaban gracia y que era lo que intentaba no ver para mantenerme seria mientras él me hacía los controles de equilibrio, de fuerza, de reflejos?

Los cuartos de hospital no son como los de una casa. Al entrar, uno no siente la mano de la intimidad apretándose el hombro y haciendo tus pasos más lentos. Son lugares constantemente invadidos por enfermeras, médicos, personal de la cocina, familiares y amigos que hacen visitas breves o se instalan en algún sillón largamente. En el cuarto de Ribero sólo estaba Ribero. Sin los anteojos, su cara redonda y de piel tan blanca lo hacía parecer un chico sedado hasta el *knock out*.

Me recordó el consultorio de Ribero. Ahí no hay fotos, no hay dibujos de niños ni ninguna parafernalia que haga pensar en el souvenir de algún evento familiar, tampoco hay cuadros. Y el salvapantallas de su computadora es una típica imagen de neuronas haciendo sinapsis, de las primeras que aparecen si uno busca en internet «neuronas» y «sinapsis». De hecho, parece que

estuviera de prestado en ese consultorio, incluso cuando en la chapa de la puerta dice su nombre y su cargo, y cuando Ribero no es sólo un médico en esa clínica sino que es un jefe. Hacerse un estudio ahí adentro con una receta que lleva su nombre es como tener el ticket dorado. Todos se esmeran un poco más, son más eficientes, más escrupulosos en los protocolos y más rápidos. Pero aunque todos lo conocen, desde las recepcionistas hasta los técnicos y auxiliares, nunca nadie me hizo ningún comentario personal sobre él, ni siquiera elogioso. «Paciente de Ribero», se anuncian unos a otros en el pasamanos que me lleva de la mesa de entradas al resonador o al cubículo donde me extraen sangre o a alguno de los otros especialistas que también atienden en la clínica y que cada tanto me toca visitar para controlar todas las caras de mi enfermedad. Porque mi enfermedad tiene muchas caras y ataca por distintos frentes, aunque, según Ribero, tampoco se le puede adjudicar todo lo que me pasa, y eso hace que ante cada nuevo síntoma o dolencia lo primero no sea atacarlo con alguna medicación sino descartar que la causa no sea otra. «Es que esto no es lo único que le pasa a tu cuerpo», ésa es una más de las frases de Ribero. Y es una de mis preferidas: me ayuda a recordar que, fuera de su consultorio y de su área de influencia, mi cuerpo sigue en el mundo, le siguen pasando cosas.

Una noche, poco después de mi diagnóstico, soñé que cogía con Ribero. Él hacía lo mismo que mi marido (que en esa época me cogía como si yo fuera a romperme) y cada tanto me preguntaba si lo sentía. «¿Me sentís?», preguntaba Ribero. «¿Sentís esto? ¿Sentís que te toco acá?» Y yo no sentía nada. O no sentía ninguna de sus caricias, pero sí sentía las embestidas de él penetrándome con fuerza, y el ruido de su respiración y el olor de su sudor, que era muy dulce. La siguiente vez que lo vi en una consulta estaba nerviosa, avergonzada, y traté de no hacer preguntas para que me dejara salir de ahí lo antes posible.

Acostado inerte sobre esa cama de sábanas rígidas, fue imposible volver a ponerle su cara al recuerdo de ese sueño. Tampoco pude imaginar cómo iba a hacer, si Ribero se recuperaba, para volver a confiar en él, en su cerebro, en los saberes que había adquirido en tantos años después de haberlo visto apagado casi hasta la muerte. A partir del momento en que volviera a abrir los ojos sería un misterio. Ese cuerpo y esa mente reseteados ¿podrían ser los mismos? Tuve ganas de llorar. Estaba furiosa. ¿Cómo era posible que hubiera dejado que le pasara algo así? Él, que era el rey de las conferencias, de los equipos de investigación, de los diagnósticos como navajas, de las charlas informativas, de los simposios internacionales. ¿Se había rendido? ¿Había decidido abandonarme a mí y a todos sus pacientes? ¿Lo habíamos cansado con nuestras quejas y reclamos y preguntas?

Porque yo sé que me quejé mucho. Pero también sé que jamás lloré frente a él. Era imposible llorar con Ribero. Tenía una habilidad desconcertante para convertir cualquier dato de la realidad más subjetiva en una estadística, y una vez convertido en parte de un número mayor, de un esquema que va más allá de cualquier subjetividad, la emoción se diluye y se vuelve materia de análisis. Eso hizo cuando le conté que mi marido me había dejado.

Casi nunca hablábamos de asuntos personales. Esas cosas no lo ayudaban ni le interesaban ni sumaban demasiado a lo que fuera que analizara en mí y en mi cuerpo cada vez que nos veíamos. Pero yo me había ofrecido a participar de cualquier estudio, de cualquier grupo de prueba para ensayar lo que fuera que estuvieran analizando él y su equipo.

Entre otras cosas, mi enfermedad tiene tres de los peores adjetivos: crónica, progresiva e incurable. No es un soldado al que hay que hacerle frente con voluntad y buenas armas, es todo un ejército invadiéndote y tomando poco a poco territorios, castillos, tesoros, y al que uno ve avanzar desde lo más alto de una colina absolutamente impotente. Ribero y su equipo, en cambio, están en

las profundidades, analizando el comportamiento de ese ejército, mejorando las armas para tratar de detenerlo, estudiando sus puntos débiles. Yo no podía ponerme a estudiar medicina de cero y tratar de convertirme en una pseudoeminencia para luego unirme a ellos y ayudarlos en esa lucha. Pero sí tenía la posibilidad de ser uno de los instrumentos de su laboratorio. Y se lo hice saber. «Cuente conmigo para todas las pruebas que estén haciendo», le dije un día. «Quiero ayudar.» Fue una de las pocas veces en las que vi en su cara algo parecido a una sonrisa. Asintió con un gesto y de pronto yo ya era parte del «Protocolo Season». Extracciones de sangre una vez por mes por doce meses. Litros de sangre entregados a la causa. También participé del «Electric Tree». Descargas eléctricas mínimas que dibujaban un árbol de mil ramas que se iluminaban y apagaban trazando los detalles del recorrido defectuoso de mi tablero neuronal. Para el «Season food» tuve que llenar una planilla diaria con cada uno de los alimentos que ingería, desde las comidas principales hasta cualquier cosa que probara a deshoras, tan detallada que por dos meses casi no pude pensar en nada más. El día que le conté de mi divorcio fue porque Ribero me invitó a formar parte de «The Third Eye». Se trataba de otro grupo de planillas con preguntas variadas pero que debía llenar la persona que viviera con el enfermo. Hasta donde él sabía, yo era una de sus pacientes casadas, por lo que era lógico que me invitara a participar, pero entonces tuve que decirle que ya no, que mi marido me había dejado hacía dos meses. Casi no pude terminar la frase porque se me llenaron los ojos de lágrimas y sentí ese nudo en la garganta que me deja al borde de la crisis de llanto. Hubiera querido llorar con él en su consultorio. Estuve a punto de permitírmelo, porque por un instante pensé que si había sabido sacarme del limbo una vez, podría volver a hacerlo. Pero no me dejó terminar, ni avanzar demasiado, simplemente guardó las planillas que iba a darme y que ya no servían y dijo: «¿Sabías que el 25 % de los hombres con tu enfermedad son abandonados por sus parejas dentro de los cuatro años después de recibir el diagnóstico pero cuando las diagnosticadas son mujeres el número asciende al 75 %?» Lo miré en silencio. Necesitaba algo más. Un remate. Y me lo dio. «Los hombres no saben cuidar.» Y enseguida se puso a hacer la orden para la siguiente resonancia, las recetas para las inyecciones de los cuatro meses que iban a pasar antes de que volviera a verlo y una receta más, que nunca había hecho antes, de una droga de prueba para tener más energía (la fatiga crónica viene en el paquete junto con los dolores, el cosquilleo, la falta de visión y otros etcéteras). «No te pongas a bailar un malambo ni a cantar un tango», fue su despedida, como siempre, como si para mi desgarró emocional se pudiera aplicar el mismo consejo que para mi diagnóstico. Ribero nunca se equivocaba.

Pero verlo a él tirado en una cama, incapaz de seguir su propio consejo, fue como volver a ver a mi marido yéndose de casa con un bolsito donde no metió más que su ropa. Después de todo lo que habíamos compartido, Ribero también pudo dejarme así, en la nada, y quedarse medio muerto entre las sábanas sin un solo remordimiento por todos los que ahora nos quedábamos huérfanos y todavía enfermos. Ribero se había apagado antes de encontrarnos una cura, nos había abandonado, y estar enfermos, sin cura y sin nadie liderando los equipos que podrían encontrarla era como volver al limbo. Mi tercer limbo. Sólo era cuestión de tiempo antes de que no quedara de él ni un solo buen recuerdo, antes de que ya no pudiera evocar ni siquiera sus consejos. Yo ya sabía que eso podía pasar, de mi marido tampoco podía evocar nada bueno porque ahí estaba el rencor, que también te va conquistando desde adentro; otro ejército crónico, progresivo e incurable.

Ribero ahora estaba indefenso, acostado boca arriba, sin un solo gesto y la respiración agitando apenas su pecho. Rodeé la cama y arrimé una silla. Su mano quedó a diez centímetros de la mía, la que tantas veces le había dicho cuánto me dolía y para la que nunca había podido ofrecerme nada,

ni calmantes ni rehabilitación ni nada. Pero ahora mi mano, aun con el cosquilleo y el dolor, era mucho más que sus dos manos que, como pulpitos muertos, alguien más, seguro una enfermera, había acomodado sobre las sábanas a los lados de su cuerpo.

Me pregunté si a pesar de los sedantes o de lo que fuera que le hubieran dado para tenerlo así, Ribero estaría sintiendo dolor. ¿Cuál sería el umbral de dolor de Ribero? Habíamos hablado mucho de eso, de cómo va cambiando, de cómo hay que tener paciencia porque buena parte de la calidad de vida depende de la paciencia y la costumbre, de ir ajustando los parámetros de «normalidad» a lo que la enfermedad va presentando como nuevos patrones.

Después del divorcio también tuve que ajustar todos mis patrones de normalidad. Y en cada paso, aunque recibía consejos de amigos, familiares y otros tantos conocidos que se acercaron con ansiedad (todos tan convencidos de su felicidad y sabiduría que daba risa), los únicos consejos que realmente me servían eran los que había recibido de Ribero en los seis años que llevábamos juntos. Así, fue no sólo un padre para mi enfermedad, sino mi consejero para salir del duelo amoroso y seguir funcionando. Pero ahora no estaba más. Se había rendido.

En la habitación de Ribero había demasiada luz, y a esa hora un rayo de sol entró por la ventana y le iluminó la cara, haciendo que su piel tan blanca pareciera casi transparente. Una vena azul cruzaba su mejilla izquierda y desaparecía justo debajo de su ojo. Tuve un momento para darme cuenta de que antes jamás había tocado su cara. De que jamás lo había tocado excepto para estrechar su mano al llegar y al irme después de las consultas. Él sí me había tocado a mí. Me había tenido tendida en la camilla de su consultorio, me había golpeado las rodillas con su martillito de goma, me había pinchado distintas partes del cuerpo trazando el mapa de las áreas insensibles al contacto, me había agarrado los pies mientras yo trataba de levantarlos, me había sostenido los párpados muy abiertos para calcular la fuerza de los músculos de mi cara. Estiré un dedo y lo hundí en su mejilla izquierda. La carne era blanda y al hacer un poco más de fuerza se le deformó el gesto, ya no parecía sólo dormido sino un chico haciendo muecas frente al espejo. Pellizqué sus párpados y los sostuve levantados, pero no para calcular la fuerza de los músculos de su cara, sino para reencontrarme con sus ojos azules. No había nadie ahí. Cuando agarré su cara con las dos manos y le aplasté las mejillas hasta que su boca pareció la de un conejito me dio asco. Ése ya no podía ser Ribero, no quedaba nada de él, y por lo tanto no sólo se había ido, sino que nunca iba a volver. Y tuve que aguantarme las ganas de darle una cachetada. Sólo entonces me di cuenta de que en tantos años nunca había usado su nombre, nunca le dije Ribero esto o aquello, tampoco le decía «doctor», simplemente lo trataba de usted. Pero ese día, mientras sentía el ruido de la respiración del cuerpo que Ribero había abandonado abandonándome también a mí, me arrimé hasta quedar a pocos centímetros de su cara, acerqué mi boca a su oreja hasta casi rozarla, y le dije «Ribero cobarde». Le dije «co-bar-de» y deseé que estuviera escuchándome, que sintiera mi aliento y que supiera que era yo la que estaba ahí, no cualquier otro de sus muchos pacientes a los que seguro les decía las mismas cosas que a mí y cuyas vidas estaban fichadas en planillas idénticas a las mías. Esta vez yo sería la única y la más importante, aquella a la que debía salvar y que había dejado atrás sin preguntarse cómo haría yo para seguir adelante. «Ribero hijo de puta», le dije entonces, y llevé la mano dolorida hasta su cara y con los mismos dedos que habían perdido toda la sensibilidad a las temperaturas y al contacto y con los que él se había dado por vencido mucho antes de abandonarme totalmente, le apreté la nariz con fuerza.

Al principio no pasó mucho, pero enseguida sentí un pequeño temblor y vi que el color de su cara se encendía, como si estuviera volviendo de donde sea que había estado. No abrió los ojos. No empezó a convulsionar o a agitarse defendiéndose. Su pecho simplemente dejó de moverse.

Si hubiera entrado una enfermera, si alguien hubiera pasado a controlar que Ribero estuviera bien, las cosas habrían terminado de otro modo, pero en la clínica de Ribero, sin Ribero, ya nadie podía cuidar ni salvar a nadie.

A OSCURAS

Para Mauro, el más valiente

—¿No me van a dar ni un beso?

La madre está en la puerta del departamento, a punto de salir, y les habla a Roxy y a Facundo, que la miran sin hacer un solo gesto ni un amago de acercarse a ella.

Roxy tiene diez años, el pelo castaño, lacio y los ojos marrones muy grandes. No cree que su padre esté de viaje, como le dice su madre cada vez que le pregunta por él, sino que está segura de que en realidad ya está muerto. Es muy inteligente y no escucha todo lo que le dicen, pero sí trata de escuchar todo lo que no quieren decirle a ella. Roxy tiene un cuaderno donde anota las fechas de las cosas importantes. El 6 de agosto de 1978 fue la última vez que vio a su padre, el mismo día que se mudaron al departamento de la calle Directorio. El 19 de diciembre de 1978 fue la última vez que habló con él por teléfono (un día después tuvieron que dejar el departamento y todas sus cosas y se fueron a la casa de unos amigos de su mamá por unos meses). De esa llamada hace tres años y siete meses, ¿cómo es posible que su padre haya viajado durante casi cuatro años y que nunca haya vuelto, ni siquiera a visitarlos, y que tampoco los llame? Cuando le pregunta esto a su madre, ella le dice que él está muy ocupado trabajando y que llama, pero que llama muy tarde, cuando ella y Facundo ya están durmiendo. Roxy creyó en esta explicación por un tiempo, como creyó en los Reyes Magos, en Papá Noel y en el Ratón de los dientes. Un día dejó de creer, pero siguió actuando, como actuaba su madre, porque pensó que de lo contrario se arriesgaba a que Facundo también sospechara, y lo que Roxy más quiere en el mundo es proteger a su hermano, que parece tan feliz el rato por semana que su madre los hace dibujar y escribir cartas para su papá.

Con siete años, el pelo rubio enrulado y unos ojos oscuros que parecen brillar en la oscuridad, Facundo hace pensar en un animalito salvaje, de esos extremadamente inteligentes y huidizos. Hace tres meses que Facundo no habla. Ni una sola palabra. Se despertó gritando de una pesadilla y, después de que su madre logró calmarlo, ya no volvió a hablar. Con Roxy se comunica con unas pocas señas, porque ella entiende todo. Con su madre tiene que esforzarse más y a veces hasta le escribe notas.

—¿En serio no me van a dar ni un beso? —insiste la madre.

—No —dice Roxy secamente, y pasa un brazo sobre los hombros de su hermano para acercarlo más a ella—. Estás en penitencia hasta mañana.

Entonces la madre mira a un lado y le sonrío cómplice a Nilda, la mujer que todo ese rato estuvo de pie junto a la puerta abierta del departamento como si esperara impaciente que la madre se fuera de una buena vez.

—Estoy en penitencia porque hoy los saqué del cine antes de que terminara la película —explica la madre a Nilda, y le guiña un ojo—. Pero resulta que una que yo sé estaba tapándose la cara con la campera y el otro pidió pis tres veces.

Nilda la escucha y le sonrío, pero es una sonrisa corta, de mala gana.

—Ok —dice entonces la madre, acomodándose la cartera sobre el hombro—: el sábado volvemos

al cine y ven la película entera, hasta el final, y si después no pueden dormir, se embroman, nada de venir a la cama grande.

Roxy le dice algo al oído a Facundo y él asiente pero no sonríe. Les parece una buena oferta pero no la mejor, y saben que tienen que aceptarla antes de quedarse sin nada. Roxy vuelve a hablar con Facundo y los dos, desde el otro extremo del pasillo, le mandan un beso volador a su madre y después se encierran en el cuarto (si ellos no ganan todo, su madre tampoco puede tener todo).

Nilda, la mujer que sigue sosteniendo la puerta abierta y que es una vecina del edificio que la madre contrata dos veces por semana, a la noche, para que cuide a los chicos mientras ella cumple con su turno en el hospital, entonces le dice:

–Se te hace tarde.

La madre mira el reloj y se apura a enumerar lo mismo que dice siempre antes de irse: la comida en la heladera, la lista con los teléfonos del hospital, de los abuelos de los chicos, la cajita donde le deja un poco de plata extra, el pastillero con el remedio de Roxy para las convulsiones y la radio que hay que dejar prendida para que se duerman. Nilda dice a todo que sí mecánicamente y, cuando la madre al fin sale y ella puede cerrar la puerta, se queda mirándola por la mirilla.

Roxy y Facundo, que acaban de salir del cuarto, están parados detrás de Nilda y la miran mientras ella mira a la madre.

–¿Se fue? –pregunta Roxy.

Nilda dice que sí y los tres aplauden con ganas. Roxy y Facundo ríen. Es una risa excitada, cargada de nerviosismo, como si estuvieran en lo más alto de una montaña rusa justo antes de empezar a caer.

–¿Y ahora qué hacemos? –pregunta Nilda, agachándose hasta quedar a la altura de los chicos y con un tono que no se parece en nada a una pregunta porque ella sabe exactamente lo que van a decir.

–¡Nos quedamos a oscuras! –grita Roxy alzando los brazos y saltando en el lugar. Facundo imita los gestos de su hermana en absoluto silencio y enseguida corre junto a ella para hacer lo mismo que hacen cada martes y jueves a la noche desde hace unos meses cuando Nilda se queda a cuidarlos: apagar todas las luces del departamento, todas.

Mientras los chicos corren de un lado a otro, Nilda abre su gran cartera y saca de ahí tres linternas chiquitas, que apoya sobre la mesa ratona del living. Después, cierra las cortinas del ventanal y, como siempre, se queja de que ese ventanal no tenga persiana. La cortina deja pasar demasiada claridad y una buena parte del departamento queda apenas en penumbras. Lo mejor son la cocina, el baño y las habitaciones. Ahí sí, cuando cierran la puerta, todo queda tan oscuro que hace doler los ojos.

–¿Listos? –pregunta Nilda.

Desde las sombras, Roxy responde:

–¡Listos!

Facundo la agarra fuerte de la mano y ella lo tranquiliza acariciándole el pelo. Siempre se pone un poco ansioso antes de que todo comience.

–Cuando llegué, escondí un anillo en algún lugar de la casa –dice Nilda–. El que lo encuentre primero se convierte en el amo de la noche.

Facundo es rápido de reflejos (o vio a Nilda al llegar, que es de lo que lo acusa Roxy) y

encuentra el anillo entre los almohadones del sillón grande antes de que su hermana siquiera empiece a buscar en serio.

Como amo de la noche, Facundo elige comer salchichas con queso derretido y usar velas en lugar de linternas cuando se sienten a cenar.

Nilda saca cuatro velas grandes de su cartera y se las da a Roxy, que agarra a Facundo del cuello de la remera para ir juntos, a tientas, hasta la cocina, donde encuentran los fósforos. Su madre no los deja usar fósforos, pero Nilda sí. Y eso es un secreto, uno de los muchos secretos que Roxy y Facundo comparten con Nilda.

Otro de los secretos es el de la oscuridad. La madre de los chicos no tiene idea de que sus hijos y esa mujer pasan todo el rato en la más absoluta oscuridad. No le contaron de los cambios en el menú, ni lo del amo de la noche, ni que les enseñó a rezar el padrenuestro, ni que con Nilda nunca se duermen oyendo la radio sino con los cuentos que ella misma les inventa cuando ya están metidos en la cama. Tampoco le contaron de Miguel, el marido de Nilda, que a veces va al departamento cuando la madre ya se fue y también juega a oscuras con ellos. Otra cosa que no le contaron es que Nilda estuvo preguntando por su padre, por los amigos de su madre y por los lugares donde vivieron. Ni dijeron nada sobre las veces que tomaron Coca-Cola y helados de palito (dos de los regalos que lleva Miguel cuando los visita y que hacen que –según Roxy le explicó a Facundo– ése sea un secreto adentro de otro secreto).

Roxy está orgullosa de esa vida clandestina que llevan con Nilda. La hace sentirse por encima de Nilda y de su propia madre. Porque así como su madre no sabe nada de lo que hacen con Nilda cuando ella no está, Roxy tampoco respondió a las preguntas de Nilda con la verdad sino con las versiones que les dio su madre y que ella y Facundo tuvieron que practicar miles de veces hasta aprendérselas de memoria.

Su madre les había explicado que ciertas cosas sólo puede saberlas la familia, y que la familia es sólo ellos tres y su padre. Roxy a veces se pregunta cómo se hace para formar parte de una familia de cuatro cuando uno de los miembros ya no está, y no queda nada de él, ni siquiera una foto en la que se le vea la cara. Lo que hay es una foto de unas manos de hombre con un reloj plateado que sostienen en el aire a un Facundo bebé que se ríe a carcajadas. Roxy sabe que esas manos son las de su papá porque su madre se lo dijo y porque ella se acuerda bien de ese reloj plateado. Cuando su padre se entusiasmaba y empezaba a dar discursos, hacía muchos gestos, y el reloj lanzaba destellos como si fuera una bola espejada. A Roxy le parecía muy divertido que ni su padre ni nadie pareciera notar que todo lo que él decía terminaba convirtiéndose en un show de luces.

Facundo sostiene las velas mientras Roxy enciende los fósforos.

–¿Querés ver de lo que nos salvamos? –le pregunta Roxy.

Él sonríe y alumbra a su hermana con las velas mientras ella abre la heladera y levanta la tapa de la fuente donde su madre les dejó la cena que Nilda debería calentar para ellos. Los chicos empiezan a reírse justo cuando Nilda entra en la cocina y pregunta:

–¿Cuál era el menú de hoy?

–Zapallitos rellenos –dice Roxy, y ella y su hermano imitan a Nilda, que se tapa la nariz y saca la lengua.

–Puaj –dicen los tres a coro.

Como cada martes y jueves, en ese momento el bolso de Nilda se vuelve un artefacto mágico donde desaparece la comida que la madre les deja preparada y de donde salen los ingredientes

básicos para los dos o tres platos que, en su rol de amos de la noche, los chicos siempre eligen (panchos, hamburguesas o pochoclo salado).

Entre los tres preparan las salchichas, cortan los panes, ponen mayonesa en un costado de cada plato y cuentan hasta cincuenta mientras esperan que, ya en el horno, el queso de los panchos se derrita como a ellos les gusta. Después llevan los platos servidos al living y se sientan en el piso, con las piernas cruzadas, alrededor de la mesa ratona, para comer como si estuvieran de pícnic. Cuando ya están acomodados, Nilda sopla las velas y ya no ven nada.

A Facundo le encanta comer a oscuras porque le sirve de excusa para agarrar la comida con la mano, para ensuciarse los dedos y la ropa y no sentir culpa si vuelca la bebida o si se ensucia el pelo con mayonesa. Y Roxy disfruta de saber que su hermano, al menos por unos pocos minutos, deja de estar tan preocupado. Facundo siempre está preocupado por algo y a veces se pone tan serio que Roxy no puede evitar el impulso de hacerle cosquillas. Cuando las cosquillas funcionan, Facundo tiene uno de sus ataques de risa. Pero cuando no hacen efecto, él se ofende y se pone aún más serio y a Roxy se le hace un nudo en el estómago. Odia equivocarse con él, porque su hermano es la única persona en el mundo a la que ella siente que realmente puede proteger.

–Hoy Miguel les va a traer una sorpresa –dice Nilda de pronto.

Los ojos de los chicos ya se adaptaron a la oscuridad y alcanzan a ver que Nilda está sonriendo. Ella es la única que se alegra cuando su marido los visita. Porque a pesar de que siempre les lleva helados y Coca-Cola, a Roxy no le gusta que Miguel se una a ellos. Es un hombre muy estricto con las reglas y jugar con él se puede volver hasta complicado. Pero lo que menos le gusta es que, aunque Facundo se lo niegue, ella sabe que lo pone nervioso. Las cosquillas jamás funcionan cuando está Miguel. Roxy supone que es porque nunca pudieron verle bien la cara. Miguel llega cuando ya apagaron todas las luces y se va un rato antes de que Nilda los acueste a dormir. Y tiene una voz grave y ronca que retumba en el departamento cuando cuenta en voz alta mientras el resto se esconde o cuando repite el reglamento de «encontrar al asesino» que ya se saben de memoria o cuando discute con Nilda por alguna cosa. Miguel siempre la está retando.

–Les va a encantar la sorpresa –dice entonces Nilda, y como si lo tuvieran ensayado, justo en ese momento suena el timbre.

Facundo aprieta la rodilla de Roxy por debajo de la mesa y a ella le sorprende que tenga la mano tan fría.

Nilda atiende el portero eléctrico y después abre la puerta del departamento para quedarse esperando a su marido. Cada tanto, da unos pasos por el pasillo y acciona la luz automática. Por unos segundos, la luz del pasillo se enciende y llega hasta el departamento. En uno de esos momentos de luz, Roxy mira a Facundo y ve que no sólo está serio, sino que tiene los ojos brillantes. Ésa es su cara de miedo, y a Roxy no le gusta nada esa cara. Entonces se le ocurre una idea y gatea alrededor de la mesita hasta quedar junto a su hermano.

–¿Vos sos el amo de la noche? –le pregunta al oído.

Facundo rápidamente se seca los ojos y Roxy sabe que supo leer a su hermano y que está a punto de ofrecerle justo lo que él necesita.

–El amo de la noche elige el primer juego con prenda, ¿no? –La luz del pasillo se enciende y Roxy ve que Facundo está asintiendo con la cabeza–. Entonces yo digo que vos, que sos el amo de la noche, ordenes que hoy vamos a jugar a las escondidas en parejas. –Facundo frunce el ceño por un segundo–. Nosotros dos contra ellos –termina de explicar Roxy, y Facundo ni siquiera responde, sino que agarra fuerte a su hermana y la ayuda a levantarse.

Oyen que Miguel abre la puerta del ascensor y que Nilda lo saluda mientras acciona una vez más la luz del pasillo. Está mirando a su marido y les da la espalda a los chicos, pero si en ese momento se hubiera dado vuelta habría visto a Roxy y a Facundo correr por el living rumbo al corredor que llega hasta el baño y a los dos dormitorios y, en el placard del cuarto grande, al escondite que les fabricó su mamá y que es donde les dijo que tienen que meterse si alguna vez unos desconocidos llegan a entrar en el departamento a la fuerza, o si ella les da la orden de guardarse, o si la escuchan gritar, o si por cualquier motivo llegan a sentir miedo.

Cuando se meten en el escondite sienten que están entrando en una oscuridad adentro de otra oscuridad. Pero no le tienen miedo a la oscuridad, al contrario, y hasta se ríen al encontrar allí, entre otras cosas que su madre guardó para ellos, una linterna y varias pilas. Roxy guía a Facundo y lo acomoda frente a ella, donde puede rodearlo con sus brazos. Facundo ya no tiene las manos frías y se acurruca contra ella. Roxy escucha la respiración agitada de su hermano. El escondite huele igual que el placard, una mezcla del perfume de su madre y de naftalina.

Afuera, Nilda los está llamando. Al rato, también oyen la voz ronca y grave de Miguel diciendo sus nombres. Suenan preocupados primero. Después nerviosos. Después enojados. Abren y cierran puertas. Entran y salen varias veces de las mismas habitaciones. Corren muebles. Discuten entre ellos. Por unos segundos hacen silencio y cuando vuelven a llamarlos hablan con voz suave, tratan de persuadirlos con promesas, piden por favor. Pero ni Roxy ni Facundo están pensando en responderles o en salir. Su madre les dijo que, una vez adentro, no deben dejar el escondite hasta que ella lo diga, o si sus abuelos van a sacarlos, o si pasa demasiado tiempo y nadie los va a buscar, y que antes de asomarse deben estar seguros de que ya no hay nadie peligroso ahí afuera.

BIENAVENTURADOS

Rosa siempre estaba pendiente de los humores de la señora Laura: en un momento la señora estaba bien y al siguiente todo podía cambiar. A veces se quedaba ausente, como si se hubiera apagado. A veces empezaba a llorar. Era un llanto entrecortado y cargado de angustia. A Rosa se le partía el corazón cuando se ponía así. Sólo su hijo menor, el que ahora tiene casi quince años, lloraba con esa angustia cuando era un bebé, y con él Rosa había sentido la misma impotencia. Otras veces, la señora Laura se ponía inquieta, muy nerviosa, y le hacía encargos que no tenían ningún sentido. En esos momentos Rosa le decía algo, le ofrecía alguna cosa para comer, trataba de distraerla de cualquier forma para interrumpir sus pensamientos y traerla de vuelta. Nadie le había dicho que eso fuera parte de su trabajo. Nadie le había pedido que lo hiciera, y si hubiera fallado, tampoco le habrían echado la culpa. Pero después del último episodio Rosa había decidido que, si algo malo iba a pasarle a la señora, no sería bajo su cuidado, no mientras ella estuviera presente y pudiera evitarlo.

Esto no siempre había sido así. Durante mucho tiempo Rosa había permanecido indiferente a la señora y se ocupaba sólo de cumplir las tareas de la casa que el señor Alberto le asignaba cada mañana antes de salir. Pero ahora se arrepentía de haber estado tan ciega, de haber sido tan egoísta.

Y Rosa sabía exactamente cuándo había cambiado todo, había sido el año anterior, el día del cumpleaños de la señora Laura. Aquella mañana, como siempre, el señor Alberto se había ido temprano y le había encargado a Rosa las compras y la cena para el festejo. Le había dicho que esa noche irían unos amigos a celebrar. Rosa repasó la casa (ni siquiera se acuerda de haber visto a la señora Laura, ni de haberla saludado al llegar). Al mediodía fue a comprar una torta a la confitería que le gustaba al señor Alberto y los ingredientes para preparar la comida. Al volver, encontró a la señora Laura en el baño. Estaba todo lleno de sangre y agua.

Vino una ambulancia y unos paramédicos se llevaron a la señora. Rosa se había quedado limpiando, devolviendo cada cosa a su lugar. Tampoco nadie le había pedido que hiciera eso, pero ella no soportó imaginar al señor Alberto volviendo del hospital para dormir solo en la casa revuelta y toparse con las huellas de lo que había ocurrido. Cuando terminó eran cerca de las dos de la mañana. Rosa llamó a su casa y le pidió a su marido que fuera a buscarla. Aunque era cierto que le daba miedo viajar en tren a esa hora, lo llamó porque quería pasar un rato a solas con él, contarle lo que había pasado, lo que había visto. Él la ayudaría a pensar. Era un hombre sabio, leído, de ojos chiquitos y cabeza grande. Hablaba poco, pero siempre tenía algo más para decir cuando los otros ya habían dejado hasta el alma en una discusión.

Los dos solos en la cabina de la vieja camioneta, eso había pensado Rosa que necesitaba más que nada. Durante el trayecto, Rosa habló. A los tropezones le fue dando forma a lo que había pasado ese día, y después siguió hacia atrás, porque si hacía un esfuerzo podía recordar las señales, aquella tristeza enorme que nunca abandonaba a la señora Laura, el desfile de médicos, el bolsito blanco que había en la mesa de luz de la señora y que estaba atiborrado de pastillas, pero en especial estaba la preocupación constante del señor Alberto. El marido sólo la interrumpió dos veces. La primera fue para decirle que ese domingo en la iglesia pedirían una oración para la señora Laura. Rosa se removió en el asiento. ¿Se podía pedir por alguien que había intentado

matarse? ¿Eso no era un pecado imperdonable? ¿O sólo era pecado si se llegaba hasta el final? No estaba muy convencida pero le dijo que sí, que pedirían por la señora. Rosa no conocía a nadie tan noble, tan inteligente y tan generoso como su marido, y jamás lo habría cuestionado en un asunto como ése, porque una de las cosas que ella siempre quería era estar a su altura, merecerlo.

La segunda vez que él habló fue para preguntarle si ella no hubiera podido hacer algo para evitarlo. Rosa se sorprendió una vez más al escucharlo decir lo que ella ya sabía: para su marido las personas eran iguales de verdad, prójimos, hermanos de la vida, para bien o para mal. Ella, en cambio, hasta ese momento había sentido que con la señora ni siquiera compartían la misma casa, sino que transitaban dos casas idénticas pero separadas que sólo se conectaban de maneras ocasionales y misteriosas. Apenas coincidían alguna que otra vez en una habitación, o cuando Rosa le llevaba el desayuno o le servía el almuerzo, o cuando la señora la llamaba para hacerle un pedido. Si la señora entraba en uno de los cuartos donde Rosa estaba ocupada en sus tareas, se detenía de pronto, como si se hubiera topado con la calle muerta de un laberinto, daba media vuelta y se iba.

Lo primero que Rosa pensó cuando su marido le preguntó si ella hubiera podido evitarlo fue que no, que no hubiera podido hacer nada, que nadie hubiera podido hacer nada, que ni siquiera es demasiado fácil darse cuenta de que una cosa así está por pasar, incluso cuando la persona actúa como lo había hecho la señora Laura. De hecho, hacía meses que la señora rondaba la casa como un fantasma y nunca, jamás, ni siquiera el señor Alberto, que estaba siempre tan pendiente, había parecido sospechar que pudiera llegar tan lejos. Después Rosa se dio cuenta de que su marido en realidad le estaba hablando de otra cosa: no de evitar que lo intentara, sino de evitar que siquiera llegara a pensarlo tendiéndole una mano para hacerle la vida un poco más amable, menos solitaria, menos oscura. Lo que su marido pensaba era que la señora Laura le tenía miedo a la oscuridad del alma y que por eso trataba de evadirse, para no sentir el dolor más hondo que es el de los que se creen invisibles. Eso le había explicado.

Después de aquella noche, y de aquella conversación, Rosa creyó que empezaba a entender algunas cosas y por primera vez en su vida sintió que, a fin de cuentas, ella sí podía hacer algo, y que eso le daba una misión. Y se llamó a sí misma un soldado de Dios. Lo había escuchado tantas veces. El pastor lo decía todo el tiempo. «Somos soldados de Dios», «Somos el ejército del Señor». Pero recién entonces Rosa le encontró un sentido a aquel llamado. No le dijo a su marido lo que había pensado porque temió que él no estuviera de acuerdo, o que le dijera que estaba exagerando. Su marido siempre le daba varias vueltas a lo que escuchaban en la iglesia. Cuando salían, repasaba los sermones y pensaba en voz alta y Rosa podía ver cómo las palabras cobraban un significado nuevo que a veces la dejaba confundida. Por eso Rosa se guardaba ciertos pensamientos, en especial los que la emocionaban, porque prefería no exponerlos al escrutinio de ese hombre sabio y tenaz, misericordioso pero implacable.

Cuando la señora Laura volvió del hospital, dos meses después del intento de suicidio, Rosa ya se había convencido de que esa alma estaba en sus manos y que debía salvarla. En un principio, el cambio de actitud de Rosa requirió de ciertos ajustes y de mucha paciencia. La señora Laura, acostumbrada a estar sola, se escapaba de ella sin disimulo. Y Rosa debía llenarse de excusas para seguirla de cuarto en cuarto, hasta que la señora al fin se rendía y se instalaba en un sillón, o en la cocina, o cerca de una ventana, y entonces Rosa podía dedicarse a lo que hubiera que hacer en ese ambiente. Eso fue así: corrida, persecución, rendición y huida otra vez hasta que la señora

Laura pareció entender que sólo se libraría de Rosa si la mandaba al mercado, a una tienda o a la casa de algún amigo o pariente con cualquier pretexto. Por un par de semanas, Rosa no pudo negarse a cumplir esos pedidos y pasó horas de gran preocupación lejos de la señora. Al volver, solía encontrarla recostada en la cama, bebiendo a pequeños sorbos un vaso de leche fría. Sin embargo, con el paso de los días fue cada vez más frecuente que se la encontrara esperándola, y entonces Rosa aprovechaba para contarle lo que había visto en la calle, los olores del mercado, alguna charla oída al pasar. Y como por haber estado tanto tiempo afuera tenía pendiente todo el trabajo en la casa, Rosa comenzaba su relato en la cocina y lo continuaba por los pasillos, cuartos y baños, convirtiendo ese flujo constante de palabras en un lazo que ataba a la señora y la obligaba a seguirla por el caserón, a estar en movimiento, a pensar en cosas que no habían nacido en su propia cabeza sino que estaban vivas allá afuera. A Rosa le había parecido una buena señal cuando la señora empezó a participar con preguntas muy precisas, y ella le daba respuestas esmeradas y cargadas de detalles.

Rosa había ido ajustando sus horarios y siempre llegaba antes de que se fuera el señor Alberto. Y se quedaba hasta que él volviera. Así se aseguraba de que la señora no pasara ni un minuto sola. Por eso los fines de semana se habían ido convirtiendo en un motivo de inquietud para ella. El señor Alberto había empezado a confiar tanto en la mejoría de la señora Laura que, aunque estaba segura de que no la dejaba sola, estaba igualmente convencida de que él nunca podría percibir los cambios de humor de su esposa y mucho menos anticiparse. Cuando llegaba el lunes, Rosa tenía que disimular la ansiedad que sentía por salir de su casa para ir al encuentro de la señora Laura y retomar su misión. Los lunes, además, le contaba todo lo que había hecho el fin de semana y ésas solían ser las charlas más animadas. Un par de veces, incluso, la señora Laura había participado con algo más que preguntas.

Pero ese lunes era diferente. Era otra vez el cumpleaños de la señora Laura y Rosa había hecho todo el viaje desde su casa preguntándose si ese día tendría un significado especial, si afectaría a la señora de alguna nueva forma.

Al llegar, Rosa encontró al señor Alberto desayunando solo en la cocina. Ella dio los buenos días y él respondió diciéndole que su esposa todavía estaba en el cuarto, que la dejara dormir hasta más tarde porque había pasado una mala noche y necesitaba descansar. Rosa escuchó y dijo que sí, pero lo que en realidad estaba pensando era que en cuanto el señor Alberto se fuera, ella prepararía una bandeja con el desayuno e iría a despertar a la señora. Nada de cuartos en penumbras, nada de camisones, ni sábanas arrugadas, ni silencio. Ése no era un día para ninguna de todas esas cosas.

El señor Alberto se fue media hora después, anunciando que ese día volvería más temprano y encargándole a Rosa que se ocupara de preparar algo rico para comer, algo especial, dijo, y que comprara una botella de champán. Aunque sólo serían ellos dos para la cena, el señor estaba decidido a que aquello fuera lo más parecido posible a un verdadero festejo. Hay mucho que festejar, dijo. Ésa fue su única referencia a lo que había pasado el año anterior, y una referencia sobre la que Rosa no supo exactamente qué pensar. Lo que ella hubiera querido decirle era que le parecía más recomendable que cenaran lo mismo de todos los lunes, algo con pescado, porque ella pensaba que lo mejor para la señora Laura era la rutina, las cosas conocidas y previsibles que no propiciaran la evocación. Pero decidió no discutir con el señor porque se dio cuenta de que esa situación era un ejemplo perfecto de lo que decía su marido cuando le señalaba que ella solía subestimar a las personas y que esa falta de confianza decía más de su propia vanidad y de sus prejuicios que de las capacidades de los otros. A Rosa no le gustaba ser así, el prejuicio y la

vanidad le parecían actitudes horribles, pero le resultaba difícil evitarlas. El señor Alberto, en particular, tan bueno y tan nublado por su propio entusiasmo, a ojos de Rosa era torpe como un chico.

Cuando le llevó el desayuno, la señora Laura estaba despierta y saludó a Rosa y le preguntó por su fin de semana mientras alisaba las sábanas para que pudiera apoyar la bandeja. Rosa se felicitó por no haber esperado para ir a buscarla, ya que ahora que la señora parecía alerta y bien dispuesta, sería mucho más sencillo mantenerla entretenida, andar por la casa a buen ritmo. Todavía dudó un poco mientras hacía las compras en el supermercado, pero cuando regresó a la casa cargando una botella de champán y un corte de carne magro y carísimo, cosas que no eran esperables al menos hasta el jueves, se tranquilizó al ver que la señora Laura no mostraba ningún signo de inquietud, ningún gesto de incomodidad o sorpresa. Y fue entonces cuando Rosa pensó que quizá la rutina, lo esperable en un día como éste, era que comieran algo diferente, algo especial, como había dicho el señor Alberto. Rosa sintió vergüenza, como si su marido hubiera podido saber lo que ella había pensado y ahora le hiciera sentir su reprobación por cuestionar los planes del señor Alberto. Después de todo, él sí había estado al lado de la señora aquellos años, tantos años, inquebrantable. Mientras que Rosa sólo hacía unos pocos meses que realmente ocupaba un lugar en aquella casa. Los años anteriores en los que había permanecido tan indiferente no contaban para nada, salvo para hacerla sentir culpable. No podía ni pensar en lo que podría haber hecho por la señora si hubiera reaccionado antes; cuántos cambios habría logrado si se hubiera involucrado a tiempo, cuánto dolor habría podido evitar. Tan ausente había estado, tan concentrada en sus propios asuntos, que ni siquiera recordaba los cumpleaños anteriores, ni podía decir cuántos años estaba cumpliendo exactamente la señora.

El señor Alberto llegó esa tarde mucho más temprano de lo habitual, cargando una gran caja blanca adornada con un grueso lazo de tela azul brillante. Rosa lo ayudó en la puerta y compartió con él cierta emoción propia de la alegría anticipada.

La señora Laura estaba sentada en el borde del sillón grande, sonriente, las manos juntas apoyadas sobre su regazo, y miraba alternativamente a su marido y la caja. Después de ayudar al señor Alberto a dejar la caja en el piso, frente a la señora, Rosa fue a la cocina a buscar la botella de champán y las copas, como le habían pedido que hiciera. No se apuró, sino que decidió esperar junto a la puerta doble que daba al living, porque a Rosa no le parecía que el orden correcto fuera primero brindar y después abrir los regalos. Se acomodó en un lugar donde el señor Alberto pudiera verla y avisarle que pasara cuando lo creyera oportuno. Desde ahí, además, Rosa podía estudiar los gestos de la señora y, en caso de que lo considerara necesario, intervenir. En principio se sintió esperanzada al descubrir que la señora Laura no se había cruzado de brazos ni estaba sentada con la espalda exageradamente erguida. Permanecía conectada y atenta, respondiendo con sonrisas a los comentarios que le hacía el señor Alberto y que Rosa no llegaba a escuchar. Para Rosa fue un alivio que la señora Laura al fin se inclinara sobre la caja y tirara de una de las puntas del lazo azul y aprovechó para acercarse y apoyar la bandeja en la mesita que estaba junto al señor Alberto. La señora Laura terminó de deshacer el moño y, antes de levantar la tapa y descubrir su regalo, enroscó la cinta azul en sus dedos y la guardó en uno de los bolsillos de su vestido. Fue entonces cuando el señor Alberto ya no aguantó más y dijo «Yo lo abro», mientras la señora Laura se tiraba hacia atrás en el sillón, un poco para hacerle lugar y otro tanto para evitar el contacto. Así no, pensó Rosa, y en ese momento la señora Laura la buscó con la mirada. Cuando el señor Alberto abrió la caja y Rosa pudo ver lo que había adentro, no pensó una

sola cosa, sino cientos de motivos y argumentos que hacían de aquel regalo la peor idea del mundo.

Pero Rosa no podía hacer nada, no esta vez, no contra el señor Alberto y ese perrito, un cachorro de una raza cara que dormía profundamente y que él mismo había elegido y comprado para su esposa. Enseguida Rosa volvió a pensar en lo que su marido había dicho sobre los prejuicios y la vanidad, y le pareció que era urgente revisar su actitud y suponer que el señor habría hecho sus averiguaciones, que habría hablado con los doctores para asegurarse de que aquello podría ser bueno para su esposa, aun cuando la primera reacción de la señora Laura no fuera la mejor. No, esta vez no caería en la tentación de juzgar al señor Alberto apresuradamente y de creerse la única dueña de la verdad y el buen criterio. Sin embargo, para Rosa fue muy difícil no intervenir cuando notó que la señora Laura había empezado a hacer esa cosa tan rara que hacía de llevarse un mechón de pelo a la boca y chuparlo como si pudiera sacarle jugo.

El señor Alberto no estaba mirando a su esposa, miraba al cachorro y hablaba y hablaba, y para Rosa era imposible saber si le estaba hablando a ella, a la señora Laura o al perrito, porque en su cabeza sus propios pensamientos hacían demasiado ruido, en especial la idea de descorchar de una buena vez el champán y sugerir un brindis para desviar la atención del animal e intentar que la señora la mirara por un momento, ya que parecía que estaba empezando a perderse y había levantado los pies para sentarse ovillada sobre el sillón y rodear sus piernas con los brazos. Ahora sí tendría que intervenir, pensó Rosa, y cuando el señor Alberto amagó con meter la mano dentro de la caja para sacar al cachorro, ella le sugirió que lo dejara, que el pobre perrito seguramente estaría agotado por el viaje y que era un milagro que no estuviera despierto y llorando. Mejor me lo llevo a la cocina y le armo una cucha, dijo, y a ustedes les sirvo la cena, así festejan. El señor Alberto aceptó las sugerencias con docilidad, quizá porque al fin había notado que la señora Laura, hecha un nudo en el sillón, le estaba hablando, aunque era imposible entender lo que decía.

Mientras Rosa cargaba la caja hacia la cocina, escuchó que el señor Alberto le decía a su esposa que el perrito no le daría ningún trabajo y que le iba a hacer bien, que sería una distracción, una compañía. También alcanzó a escuchar que la señora Laura carraspeaba, para aclararse la voz, y que al fin respondía:

–Para eso está Rosa.

El señor Alberto tardó unos segundos en explicar que eso no era lo mismo y la señora Laura dijo:

–Es exactamente lo mismo.

Rosa bajó la vista para mirar al perrito dormido y sintió que un frío le recorría la espalda. Sacó al cachorro de la caja, lo envolvió con la chalina que había comprado para regalarle a la señora Laura y que pensaba entregarle después de la cena y atravesó la cocina a paso rápido. Tomó su cartera y el abrigo, que estaban colgados en el perchero junto a la puerta de servicio que daba al patio trasero y al camino de piedras que la conduciría hasta la reja que debía abrir para llegar a la calle donde tomaba un colectivo que, después de combinarlo con un viaje en tren y quince cuadras de caminata, la dejarían en su casa. Ahí era donde quería estar, en su casa, la misma donde aún vivía su hijo menor, la casa que los fines de semana se llenaba de niños porque sus tres hijos mayores ya le habían dado siete nietos, donde la estaría esperando su marido, que la miraría quizá con sorpresa, quizá con desaprobación, quizá sólo con curiosidad cuando la viera llegar con aquel cachorro tan caro. Porque era imposible predecir las reacciones de su marido, era imposible saber lo que él podría pensar de lo que había dicho la señora Laura. Pero esta vez Rosa no se

preocupó por eso. Ella sabía exactamente lo que había sentido al escucharla, no estaba dudando ni se sentía confundida y no estaba dispuesta a que nadie se lo explicara, ni a que lo interpretaran de otra forma. Y si su marido no estaba de acuerdo, mala suerte, pensó Rosa, mientras avanzaba un paso y otro paso en la noche con el cachorro en brazos.

CARNE

Jorge está parado frente a la heladera abierta y piensa que deberían comer más carne. En una fuente hay una ensalada de zanahoria, y en otra, media tarta de zapallitos. No sabe exactamente por qué dejaron de comer carne en esa casa, cuándo fue que los almuerzos y las cenas se convirtieron en variaciones de ensaladas, tartas, croquetas y tortillas. Jorge, ahora, siempre tiene hambre.

Oye que la puerta de calle se abre y luego se cierra de un golpe. Enseguida Natalia entra a la cocina y tira su gran mochila roja sobre la mesada central de madera que su madre agregó en la última reforma. Había encargado también unas banquetas altas de la misma madera que nunca entregaron porque Jorge no hizo el último pago.

—El lunes tenés que ir al colegio —gruñe Natalia sin mirarlo mientras se hace lugar junto a él para agarrar de la heladera una caja de jugo de manzana—. Ocho y media en el gabinete de la psicopedagoga.

Jorge también detesta a esa mujer y entiende el mal humor de su hija. Desde que murió su esposa, se las ingenia para citarlo una vez al mes y las charlas nunca van más allá de generalidades sobre la actitud apática de Natalia en ciertas materias y el tema del peso. Parece obsesionada con el hecho de que Natalia haya perdido casi ocho kilos en seis meses.

«En casa come bien» es una de las tres frases que Jorge usa para surfear esas entrevistas. La segunda es «Hago todo lo que puedo». Y la tercera, «Tiene quince años».

Pero la mujer no se rinde. En ese cubículo que huele a café con leche y desodorante de ambiente, con la ropa siempre sucia de migas de galletita, los dientes manchados de rouge y rodeada por las fotos de sus tres hijos obesos, parece creer que es mejor que él y su hija y que su misión es rescatarlos de alguna cosa.

Jorge no sabe si su esposa llegó a conocer a la psicopedagoga, pero está seguro de que le habría parecido patética. Era lo que pensaba de cualquier persona que se creyera capaz de ayudarla. Y eso incluía a sus amigas más persistentes, a todos los psicólogos y psiquiatras que había consultado en su vida, y a él mismo cuando intentaba darle algún consejo o consolarla en los momentos en que su mujer bajaba por esa escalera misteriosa que había en su cabeza y que la dejaba días enteros oscilando entre los ataques de llanto y el silencio más profundo. También le decía, como un secreto, que le parecía patética Natalia cuando le organizaba sesiones de películas, o bailaba para ella coreografías que había ensayado por horas o le compraba sus chocolates favoritos. «Patética», decía en un susurro en cuanto Natalia abandonaba el cuarto, quizá creyendo que había logrado levantarle un poco el ánimo a su madre.

—¿Por qué el lunes? —pregunta Jorge—. ¿Pasó algo?

Natalia lo mira fijo, tuerce la boca, espera.

—Algo nuevo —aclara Jorge.

En lugar de responder, Natalia agarra un paquete de galletitas de la alacena, lo carga con la misma mano que lleva el jugo de manzana y con la otra mano se cuelga al hombro la mochila y le da la espalda para salir de la cocina.

—¿No querés comer algo en serio? —pregunta Jorge, aunque sabe que no es mucho lo que tiene para ofrecer. Es un intento por detenerla antes de que suba la escalera, se encierre en su cuarto y

ya no aparezca hasta el día siguiente. Hace una semana que no la ve más que unos minutos cuando vuelve del colegio.

–Ya comí –responde Natalia sin darse vuelta.

Jorge la ve cruzar el living rumbo a la escalera. La pollera del uniforme ahora le queda grande, es evidente, y el blazer le cuelga de los hombros y la hace parecer una nenita disfrazada con el saco del padre. Pero es como si la nena no fuera Natalia y por lo tanto él no fuera su padre ni el dueño de la ropa que usó para disfrazarse.

–Vení a comer algo, dale –insiste Jorge.

–¡Ya comí! –repite Natalia desde la escalera. Es rápida para la huida, como una liebre bajo amenaza.

–¿Qué comiste?

–¡Comida! –Natalia ya está arriba, a pocos pasos de su cuarto, fuera de su alcance.

Jorge respira hondo y saca las fuentes con la tarta y con la ensalada. Las deja sobre la mesada y se queda mirando las gotas de agua que ruedan sobre el plástico que cubre la comida. Tiene que hablar con Raquel del tema de la carne. De eso y de que vuelva a comprar la marca de café de siempre. Y de que ya no planche sus medias ni la ropa interior. Y de esa manía nueva que tiene de dejar el champú y el jabón en el botiquín cuando termina de limpiar el baño. Él se fijó y no hace lo mismo en el baño de Natalia. Tiene que decirle que vuelva a ponerlos en la ducha, como hacía antes.

También tendría que hablar con ella sobre su hija. Natalia conversa mucho con Raquel y a él le gustaría saber qué es lo que comparte con esa mujer que ni siquiera terminó la primaria y que no conoce la diferencia entre tristeza y depresión. No puede preguntárselo a su hija, pero quizá podría encontrar la forma de ablandar a Raquel y sacarle alguna información. Podría preguntarle si la vio llorar alguna vez, por ejemplo. O si sabe quién es esa Romina que su hija menciona cada tanto y que al parecer reemplazó a todas sus amigas anteriores.

No va a ser fácil, Jorge lo sabe, porque es obvio que Raquel, siempre tan leal a su esposa, mudó esa lealtad a Natalia sin un rasguño, ni remordimiento, sin haberse cuestionado ni una vez hasta qué punto hay cosas que no deben ser un secreto porque no son reacciones o confidencias sino un pedido de ayuda.

Su hermana ya le dijo que debería echarla. Silvia siempre fue decidida y pragmática y demasiado frontal. El mismo día del entierro, cuando Raquel llegó a la casa velatoria acompañada por sus seis hijas y su marido y se instaló en el gran sillón de cuero negro siempre al borde del desmayo, su hermana le dijo: «Pegale una patada en el culo y sacátela de encima.» Jorge entendió que era exactamente eso lo que tenía que hacer, pero sólo consiguió preguntarse qué iban a desayunar al día siguiente, cómo iba a volver a trabajar sin una camisa limpia, dónde guardaría su esposa las cuentas de la luz, del gas, del teléfono.

Unos días después, Silvia le ofreció echarla ella misma y ocuparse de conseguirle a alguien nuevo. Entonces Jorge pensó que no le parecía un buen momento para que Natalia perdiera a alguien más. No le dijo eso a su hermana porque podía imaginar su respuesta y la discusión que vendría después. A ella le dijo que estaban bien así, que él se estaba entendiendo con Raquel, que no se preocupara tanto. Sin embargo, la idea de contratar a alguien nuevo cada tanto vuelve. Y lo reconforta. Es un alivio imaginar la vida con alguien que no sepa nada de él ni de Natalia y que pueda verlos como a un viudo y a su hija adolescente haciendo las cosas lo mejor posible dadas las circunstancias.

No puede echar a Raquel, como tampoco podría despedir a la psicopedagoga. De alguna forma,

para Jorge las dos están fuera de su jurisdicción. Incluso siente que Raquel tiene más derecho a estar en esa casa que él mismo y que Natalia puede estar tan cómoda ahí, moverse tan resuelta, porque cuenta con la aprobación de esa mujer.

«Tendrían que mudarse», le dijo Miguel hace unas noches, cuando Jorge al fin aceptó su invitación a tomar algo después del trabajo. «Esa casa está demasiado cargada.» La respuesta de Jorge fue que no quería alejar a Natalia de sus cosas, de su colegio, de su rutina en el barrio, que todo eso le daba seguridad para recomponerse. No le gusta usar a Natalia de escudo, pero le gusta menos tener que escuchar consejos de un padre de dos hijos de siete y diez años, felizmente casado, aficionado al velerismo y la vida al aire libre. Cómo podría explicarle a una persona que vive en una especie de universo paralelo, donde el sol ilumina y los días son para disfrutarlos, que él no pensó nunca en mudarse, que eso no resolvería nada, pero que sí tiene ganas de agarrar el martillo más grande que pueda encontrar y destruir a golpes la puerta del cuarto de su hija, que ahora está siempre cerrada. Reventaría la puerta y después seguiría a los golpes hasta reducir a astillas ese cuarto lleno de cajas que tiene prohibido abrir, de libros y cuadernos que tiene prohibido leer, de afiches que no entiende y de fotos de gente que él no conoce.

Jorge vuelve a mirar las fuentes con comida que dejó sobre la mesada y se le revuelve el estómago. Quiere comer una hamburguesa, un bife a la plancha, un asado al horno. Carne. Repasa con la vista los imanes que hay pegados en la puerta de la heladera: Remises Belgrano, Farmacia Azul, 0-800 Cine, Very-clean Lavado de alfombras y tapizados, Enfermería profesional a domicilio, Asociación de Defensa de los Consumidores y Usuarios, Cartuchos para impresoras.

No puede recordar la última vez que comieron una pizza, o comida china, o empanadas. De hecho, no puede recordar ninguna comida en los últimos dos años que no hubiera preparado Raquel.

Saca el celular del bolsillo de su pantalón y llama a su hermana. El teléfono suena cuatro veces y cae en el buzón de voz. Jorge corta sin dejar un mensaje. No tiene sentido preguntar al aire por un dato que necesita en ese preciso momento y no dentro de una hora o dos o cuando sea que su hermana le devuelva la llamada, porque entonces va a ser demasiado tarde para pedirle el teléfono de algún delivery en un barrio que ni siquiera es el suyo y encargar un vacío al horno con papas, o unas costillas a la riojana, o un matambre tiernizado. Ésas son las cosas que Jorge imagina y que calman lo que en su estómago se revuelve como si estuviera vivo, o agonizando.

Jorge tira la tarta y la ensalada en la basura y deja las fuentes sucias en la bacha de la cocina. Camina hasta el centro del living, se apoya las manos en la cintura, sosteniéndose a sí mismo para no perder el equilibrio, toma aire y llama a su hija.

—¡Natalia! —grita.

No hay respuesta.

—¡Nati!

Ahora suele ser así. Hablar con su hija es como hablarle al vacío. Incluso cuando la tiene al lado. Las pocas veces que en el último tiempo lo dejó llevarla al colegio en el auto, sintió que en el asiento del acompañante no estaba Natalia, sino un gran agujero negro.

—¡Voy a salir a comer! —grita entonces—. ¿Escuchaste? ¡Salgo!

Oye un leve chirrido. Está casi seguro de que Natalia abrió la puerta de su cuarto, o al menos la entornó.

—¿Querés venir?

Jorge cierra los ojos y empieza a contar en silencio. Le va a dar exactamente diez segundos para responder y después listo, a la calle.

La voz de Natalia flota escaleras abajo como una bola de pelusa.

—¿Adónde? —pregunta.

No sabe. Jorge no lo pensó. Tiene mil respuestas preparadas para el día en que Natalia al fin se decida a hacerle las preguntas que él cree importantes. Ensayó las formas de responder también. A veces, esas respuestas se le pegan a la garganta cuando está cerca de ella y lo dejan sin voz. Pero no está listo para esta pregunta en particular, tan sencilla, tan redonda como cualquier pregunta que podría formar parte de una conversación relajada e informal entre un padre y una hija. El barrio entero se le borrona y no puede rescatar un solo bar, ni un restaurante o una fonda. Siente que un frío le recorre el cuello y baja por su espalda. ¿Cuántos segundos le dará ella para responder antes de volver a encerrarse en su cuarto?

Entonces recuerda el día en que su hija cumplió doce, el último cumpleaños que tuvo un festejo. Su esposa había dejado que fuera Natalia quien eligiera adónde ir y ella no lo había pensado dos veces: «A McDonald's», dijo.

Con la respuesta en un puño, Jorge sonrío. Ya habría tiempo para todo lo demás.

REUNIÓN

No los había visto en los últimos quince meses y en ese tiempo mi vida no había cambiado nada. Seguía en el mismo departamento, soltera, trabajaba como redactora y correctora freelance para las mismas editoriales, no había cambiado mi corte de pelo y estaba casi segura de que tenía puesto el mismo par de sandalias la última vez que cenamos juntos. Había tenido dos relaciones más o menos estables que habían empezado y terminado sin ningún entusiasmo. Y una noche inconfesable con un tipo de labio leporino.

Ellos, en cambio, acababan de volver de su estadía de más de un año en Bangkok. En ese tiempo, y aunque casi no se habían comunicado conmigo ni con nadie, me hicieron saber que habían perdido buena parte de su fortuna (que era enorme) y que se habían convertido en padres de una nena, Mali.

–Funcionó –me había dicho Clara por teléfono cuando al fin llamaron para avisarme que habían vuelto.

¿Qué significaba exactamente «funcionó»? ¿Qué era lo que había funcionado? Mientras manejaba hasta la casa que Clara y Javier tenían en pleno Belgrano, seguía pensando en lo que me había dicho Clara, arrepentida de haber hecho una vez más lo que solía hacer con ella: actuar como si las cosas que decía fueran perfectamente lógicas y entendibles. Pero yo no lo había entendido. En general entendía poco de lo que Clara me decía en tono de confianza. Clara había sufrido varios abortos y lo lógico era suponer que se estaba refiriendo a que finalmente había podido tener un hijo, pero nadie usa una palabra como «funcionó» para contar una noticia como ésa, y además no podía creer que hubieran esperado hasta entonces para decírmelo. Tampoco entendía por qué debía seguir todas las instrucciones que me había dado para poder visitarlos. No había hecho preguntas. Nunca preguntaba nada cuando Clara actuaba como si yo estuviera a la altura de todos sus sobrentendidos. Es que quería estar a la altura.

Clara y yo habíamos ido juntas al secundario, pero no nos hicimos amigas hasta que nos mudamos a estudiar a la capital y nuestros padres, que sí eran amigos, decidieron compartir el pago del alquiler del departamento de la calle Agrelo donde nos instalamos. En Necochea éramos de grupos diferentes. Yo usaba el pelo muy largo y zapatillas de lona y delineador negro y escuchaba rock nacional. Con mis amigos fumábamos y respondíamos mal a los profesores y discutíamos todo el año sobre lo que habíamos conversado con los chicos de la capital que habíamos conocido el último verano. Clara se había cortado el pelo rubio muy corto, tratando de llamar la menor atención posible sobre su belleza, y pasaba casi todo el tiempo sola; nunca iba a las fiestas de nuestra división y por algún permiso médico se mantenía al margen de todas las actividades deportivas del colegio. Su única amiga se había suicidado en el último año del secundario. Se ahorcó en uno de los árboles del fondo de su casa. Durante un tiempo, todos miramos a Clara como si estuviéramos esperando que ella hiciera lo mismo. Pero Clara no se mató. Nunca hablé con ella del tema, ni siquiera años después.

Estudié Comunicación, después Letras y después Edición. No me recibí de nada. Clara se inscribió en Economía y ahí conoció a Javier. La distancia que me separaba de Clara y que ni la

convivencia había logrado aflojar del todo desapareció en cuanto Javier pisó por primera vez nuestro departamento. Esa noche nos quedamos tomando Baileys y fumando y charlando hasta la madrugada. Fuimos inseparables por cuatro años.

Yo los exponía a largas sesiones de cine-debate, al análisis de todo lo que estaba leyendo en la facultad; los arrastré a excursiones en bicicleta al Tigre, a la Reserva Ecológica, a la Costanera, y logré convencerlos de pasar nuestras vacaciones de aquellos años acampando en lugares inhóspitos fuera de temporada. Clara se encargó de llevarnos de las sesiones de espiritismo a unos torpes intentos en la práctica del yoga y la meditación y nos sometió a sus experimentos en la comida vegetariana. Javier se ocupó de presentarnos el ácido y la música electrónica. El departamento se fue convirtiendo en un muestrario de todas nuestras etapas y caprichos, y las computadoras cada vez más sofisticadas de Javier convivieron felizmente con las velas aromáticas y las cartas de Tarot de Clara y con los libros que yo en algún momento empecé a apilar directamente en el piso.

A veces pienso que con ellos desperdiicé mi oportunidad de formar una verdadera pareja. Ninguna relación me resultaba tan divertida o desafiante como el tiempo que pasábamos juntos.

Por supuesto que en algún punto yo me enamoré de Javier. O hice un gran esfuerzo para no enamorarme. O me enamoré de la idea de ser parte de la pareja que conformaba nuestro trío y no la pieza suelta. Nunca hablé sobre esto con ninguno; sabía que podía arruinar todo. Y ellos de alguna forma hicieron su parte para facilitarme las cosas. La habitación de Clara y la mía estaban separadas por una pared que parecía de durlock de tan fina, y las noches en que Javier se quedaba a dormir, que era casi siempre, nunca escuché nada de lo que pasaba entre ellos cuando se quedaban solos. Y no estoy hablando de que no los escuchaba coger o reírse o conversar. Hablo de que no hacían ni un ruido. Como si, una vez que traspasaban la puerta de la habitación de Clara, se desvanecieran. Tampoco se besaban o hacían bromas privadas en mi presencia.

Por momentos me gustaba pensar que ellos, sin mí, también estaban perdidos, como si yo fuera la mejor razón para que estuvieran juntos. Pero entonces Javier se recibió, consiguió un puesto en una megacompañía brasileña y en menos de tres meses se casaron y se fueron a vivir a San Pablo. Después vendrían otros destinos: Barcelona, Londres, Shanghái y finalmente Bangkok; pero en aquel momento, cuando llegó la noticia de que se iban a San Pablo, me desarmé. Reprochárselo o hacerles ver mi desolación me dejaba parada en un lugar que no me gustaba nada, un lugar oscuro y lleno de rencores y de envidia. Lo que hice fue abrazarlos, proponer un brindis por la buena nueva y participar de todos los preparativos para la boda y el viaje.

Por dos años fui la única persona con la que se mantuvieron en contacto. La madre de Clara me llamaba a mí para tener novedades de su hija. Ahora, a la distancia, siento que lo que le decía en aquellas charlas (que ellos estaban bien, sanos y progresando) eran mentiras. Pero no, era cierto, sólo que esas verdades ni siquiera tocaban lo más significativo de la vida de Clara y Javier en San Pablo, en especial los dos hechos que marcarían el principio de todo lo que les pasaría después: mataron a un tipo en un accidente con el auto y, al poco tiempo, Clara perdió un embarazo de ocho meses.

Según Clara, el accidente y la pérdida del embarazo estaban totalmente ligados. Habían ido a una fiesta en la embajada. Javier había tomado mucho y Clara estaba peor, por eso no le insistió para que volvieran a la casa en un taxi. Era una noche luminosa y la avenida estaba desierta. Los dos juran que el tipo salió de la nada, como si se hubiera tirado a propósito sobre el auto.

Después de golpearlo de lleno y de ver el cuerpo volar por encima del parabrisas, Javier perdió el control del auto y volcaron. Cuando llegó la ambulancia, el tipo ya estaba muerto. Clara y Javier estaban ilesos, pero pasaron una noche en el hospital en observación. Clara no podía dormir y a la madrugada se levantó de la cama y se puso a deambular por los pasillos. No los habían llevado a la clínica de su plan privado sino a un hospital público. Ahí se cruzó con la viuda. La vio en la entrada de cuidados intensivos. De alguna forma, se reconocieron. La mujer, bajita y negra, estaba rodeada por seis chicos. El menor tendría unos tres años y el más grande no pasaba de los quince. Clara pensó en acercarse a decir algo, quería llorar, disculparse, explicarle cómo había sido todo, pero la mirada de la mujer la disuadió. Vio que la mujer le preguntaba algo a una enfermera. La enfermera miró a Clara, después a la reciente viuda y murmuró una respuesta. La viuda dio dos pasos hacia donde estaba Clara, mirándola directamente a los ojos, se escupió la palma de la mano izquierda, restregó su vientre con esa mano y gritó algo que Clara no entendió. Ella volvió rápido a su habitación y no durmió en el resto de la noche. A las ocho de la mañana el médico firmó el alta y ella se vistió para ir a encontrarse con Javier en la recepción. Al salir del cuarto, descubrió junto a la puerta un plato de barro con siete cabezas de pescado. El abogado que les había puesto la empresa llegó justo en ese momento. Era un hombre de unos cincuenta años, estaba transpirado, y con la mano húmeda de sudor apretó la de Clara mientras le decía que no se preocupara, que él se iba a encargar de todo, y cuando dijo «todo» Clara miró el plato con las cabezas de pescado y él le guiñó un ojo.

Clara se embarazó pocos meses después del accidente, y no le contaron nada a nadie excepto a mí. Según Javier, Clara no salía del departamento, ni dejaba que la visitaran. Estaba convencida de que si la noticia del embarazo llegaba a oídos de cualquiera que estuviera relacionado con el tipo al que habían matado, se lo cobrarían con su bebé, que cosecharían a su bebé no como venganza, sino como retribución. Clara recordaba todo el tiempo a la viuda frotándose el vientre y sabía que aquello había sido una maldición. Javier le decía que el gesto podía significar cualquier otra cosa.

Cada uno se ocupó de la situación a su manera. Clara, en esa época, empezó a practicar ciertos rituales de magia. Lo hacía por su cuenta, leyendo mucho e improvisando otro tanto. A veces lo que buscaba era protegerse, otras, hacer ofrendas, pero la mayor parte de sus ceremonias eran variaciones de lo mismo: pedir perdón. Y Javier, a pesar de que la justicia los había librado de cualquier culpa y cargo, se había ocupado, con la ayuda del abogado y de forma anónima, de falsificar unos cuantos papeles del difunto. Le dibujaron un seguro de vida y una pensión especial de no sé qué y así se garantizó que la viuda y sus hijos recibieran una cantidad de dinero con la que ni siquiera habían soñado jamás. «Estamos pagando bien», le decía Javier.

Una tarde, Clara estuvo sentada en la cama por horas, en silencio, con las dos manos sobre el vientre: no podía sentir al bebé, ningún movimiento, nada. Cuando Javier volvió de trabajar, tarde esa noche, Clara le dijo que el bebé estaba muerto. El viaje hasta la clínica fue eterno y silencioso hasta que Clara salió de sí misma, acarició la nuca de Javier y dijo: «Ahora sí empezamos a pagar.» Unas horas después Javier aprovechó que Clara se había quedado dormida para salir de la clínica y llamarme. Enseguida noté que no estaba triste sino preocupado, o inquieto.

—¿Ella está bien? —le pregunté.

—Dicen que va a estar bien, que es más normal de lo que se cree que pasen estas cosas.

—¿Y vos? ¿Cómo estás?

—Me preocupa que haya dicho «empezamos» —dijo—, que recién «empezamos» a pagar.

Poco tiempo después volvieron a ascender a Javier y eso los llevó a Barcelona. Una vez más fue Javier el que me llamó para contarme y yo le dije que empezar de nuevo en otro lugar era lo mejor que podía pasarles. Javier me rogó que fuera a verlos.

Acepté que pagara el pasaje y la estadía (con lo que yo ganaba ni siquiera habría podido afrontar la mitad de esos gastos), pero al llegar a Barcelona me instalé en un hostel barato que yo misma había elegido. Con Clara hablaba por teléfono todos los días, pero no me dejó visitarla hasta después. Dijo que todavía no estaba lista para ver a nadie. Yo la conocía y sabía que insistir era peor. Mi estrategia fue hablar con ella todos los días, de cualquier cosa. Me instalaba en una cabina del locutorio que había junto al hostel y teníamos largas conversaciones mientras yo veía pasar a los chicos y chicas que se hospedaban conmigo. Todos me parecían tan jóvenes. Eran algo torpes y desinhibidos. Verlos desparramarse por la calle con tanta energía me hacía sentirme vieja, o gastada más bien, aunque entre ellos y yo no podía haber más de seis o siete años de diferencia. Quizá fuera la influencia de Clara, que en aquel tiempo tenía la voz de una anciana. Y hablaba como si tuviera cien años. Empezaba las frases carraspeando y terminaba en un susurro, como si hablar la dejara exhausta. En una de esas charlas, Clara me dijo: «Fue un gran alivio.» Unos segundos antes habíamos estado hablando de la ceremonia que ella y Javier habían organizado para despedir a su hija nonata en un hermoso cementerio privado de las afueras de San Pablo.

Javier estaba agradecido por mi paciencia; seguía creyendo que en algún momento Clara aceptaría verme y que yo la iba a ayudar, que era la única que podía ayudarla. A mí, todos esos días en espera empezaban a resultarme algo ridículo, pero no dije nada. Javier no necesitaba más presiones. Él y yo nos vimos casi todas las noches, me llevaba a comer a sus lugares preferidos y trataba de actuar con naturalidad. Pero sin Clara nuestros encuentros eran ligeramente incómodos.

Una semana después de mi llegada, Clara al fin aceptó que fuera a verla. Fue ella quien me abrió la puerta del imponente departamento que la compañía les había alquilado, y me dio un largo abrazo. Había adelgazado mucho y estaba demasiado pálida.

—Ya estaba pensando que sólo existías en mi imaginación—me dijo.

La ropa de Clara, la de Javier, las paredes del departamento, las alfombras, los muebles, todo parecía un gigantesco muestrario de tonos de blanco y beige. Con mis zapatillas rojas, la pollera de jean y la remera verde a rayas, me sentía fosforescente, y de una mala manera. Sin embargo, ninguno de ellos parecía notarlo.

Aquella vez, mi presencia tuvo el mismo efecto que la primera visita de Javier a nuestro departamento de la calle Agrelo. Desaparecieron todas las distancias y en poco rato volvimos a sentirnos como en los viejos tiempos, cuando todo era fácil, seguro y estimulante. No hablamos de nada importante, ni mencionamos el accidente o el embarazo, simplemente dejamos pasar el rato recordando anécdotas y antiguas discusiones. Terminamos los tres descalzos, sentados en el suelo alrededor de la mesa ratona, comiendo de la caja y con las manos unas pizzas que habíamos pedido a último momento y tomando sin ninguna atención una, y otra y otra botella de unos vinos carísimos de la bodega que Javier había empezado a armarse.

—Están hechos unos reverendos conchetos—les dije, y sentí que el aire se movía demasiado rápido a mi alrededor.

—¡Reverendos conchetos!—repitió Javier con un gesto brusco, riendo y señalando el aire con el dedo índice extendido; la brasa del porro que acababa de armar cayó a la alfombra y le hizo un agujero.

Traté de apagarla, pero fue peor, y el agujero se convirtió en una gruesa mancha oscura. Por

alguna razón, esto a Clara le pareció muy interesante y gateó hasta donde estaba Javier. Tuve que treparme al sillón para dejarla pasar y, desde ahí, vi que ella le sacaba el porro a Javier, volvía a prenderlo, pitaba y, con la brasa encendida, hacía un nuevo agujero a la alfombra. Javier la imitó. Hicieron al menos cinco agujeros más hasta que ya no quedaba nada que encender. Enseguida Clara agarró mis cigarrillos de la mochila. Aunque detesto el blanco, y en especial el beige, a mí no terminaba de parecerme una buena idea quemar esa alfombra tan buena y mucho menos arriesgarse a incendiar todo el departamento. Pero los dejé hacer porque había algo fascinante en verlos en cuatro patas, gateando concentrados sobre la alfombra que cubría buena parte del living para llenarla de grandes agujeros negros. Era algo fascinante y perturbador, porque era el primer acuerdo privado entre Clara y Javier que yo presenciaba, la primera vez que me dejaban completamente afuera, y por lo tanto era la primera vez que podía verlos con cierta distancia. Me parecieron poderosos. Permanecí en uno de los sillones, con las piernas cruzadas y sin tocar el piso para dejarles espacio. Cuando gastaron el último cigarrillo, se miraron a los ojos y después se fijaron en mí como si yo hubiera estado escondida y acabara de sorprenderlos.

–Hola, realidad –me dijo entonces Clara, y los dos empezaron a reírse.

Aquella vez me quedé más de quince días y en ese tiempo Clara volvió completamente al mundo y eso me llevó a conocer a buena parte de las nuevas personas que rápidamente empezaron a formar parte de la vida social de Clara y Javier (y que yo trataba de evitar): los compañeros de trabajo de él, las esposas de los compañeros de trabajo de él y una profesora de alemán y su esposo juez, que eran vecinos de Clara y Javier y que por algún motivo encajaban a la perfección con el resto del grupo. Todos encajaban menos yo. Volví a Barcelona otro par de veces, siempre invitada y a pedido de alguno de los dos, hasta que a Javier lo ascendieron y le dieron un nuevo destino. En todos los meses que ocuparon ese departamento, nunca reemplazaron la alfombra.

En mi última visita me contaron que tendrían que irse a Londres, parecían devastados.

–Siento que cada vez nos vamos más –dijo Clara.

Tuve que mantenerme firme durante la tormenta de propuestas con las que intentaron acortar una distancia que empezaban a sentir casi definitiva. Lo primero fue convencerlos de que no era una buena idea instalarme con ellos en Londres. Dije algunas mentiras, como que me estaba empezando a ir bien en el trabajo, cuando lo que en realidad pensaba era que lo último que necesitaba a esa altura de las cosas era permitir que me trasladaran de destino en destino como si fuera el caniche de la familia. Lo segundo fue rechazar con mucho cuidado la oferta de trabajar como su apoderada y ocuparme de todos los asuntos e inversiones de Clara y Javier en Buenos Aires. Tampoco quería ser una empleada para ellos. Lo único que acepté fue que Javier comprara el departamento de Agrelo y lo pusiera también a mi nombre. Era un verdadero alivio sacarme de encima el alquiler. Ya estaba haciendo trabajos de corrección para varias editoriales y mis padres seguían mandándome algo de plata todos los meses, pero nunca me alcanzaba para estar tranquila. Clara estuvo conforme con el arreglo. Creo que, en el fondo, lo que pensó fue que el departamento seguiría siendo también un poco de ellos, y que de esa forma yo sería una cruz en el mapa marcándoles el lugar al que alguna vez tendrían que volver.

Javier continuó escalando en la empresa y de Londres los trasladaron a Shanghái. A los pocos años se dejó seducir por otra compañía y un puesto aún mejor, y de Shanghái fueron a Bangkok. Nunca entendí a qué se dedicaba exactamente Javier (sabía que tenía algo que ver con el mercado de valores, las finanzas y cosas así) y él tampoco hizo nunca un verdadero esfuerzo por

explicármelo. Más bien evitaba el tema. No como si le diera vergüenza o pudor, sino como si le pareciera terriblemente aburrido. «Es sólo una manera de hacer plata», solía decir. «Muchísima plata», pensaba yo.

Si la estadía de Clara y Javier en San Pablo había sido agitada, los años en Londres, y especialmente en Shanghái, habían sido frenéticos. Era como si toda la actividad, las cosas que probaban, la gente que sumaban por breves y eufóricas temporadas a sus vidas fueran una forma de exorcizar todo lo demás. Porque en Londres Clara volvió a quedar embarazada y volvió a perder a su hijo poco antes de parirlo. Después del tercer aborto espontáneo, y aunque ellos me anunciaban cada nuevo embarazo con la ilusión intacta, yo sólo podía pensar cuánto iba a durar esa vez, y la espera se volvía angustiante. Me mantenía pendiente de cada novedad y ellos se ocupaban de tenerme al tanto de todo y me incluían en lo que fuera que estuvieran haciendo cada vez que iba a instalarme por unas semanas en alguno de sus nuevos destinos. Por azar, o porque ellos se ocupaban de que fuera así (nunca se lo pregunté), mis visitas nunca coincidieron con uno de esos embarazos, por lo que yo siempre estaba con ellos para lo que venía después, que era la búsqueda intensa de emociones que les dieran una pausa para recuperar fuerzas y empezar de nuevo. También estaba la magia. Clara estaba cada vez más involucrada con una serie de ritos y esquemas mágicos con los que explicaba cada cosa que les pasaba y que usaba para justificar todas las decisiones importantes de sus vidas. Decía que había tenido varios maestros (yo no conocí a ninguno) pero que lo más importante lo estaba aprendiendo sola. No hablábamos mucho de ese tema porque muy pronto Clara se dio cuenta de que yo no estaba convencida y, según ella, mi falta de confianza podía perjudicar lo que fuera que estuviera haciendo en ese momento. Más allá del escepticismo, la verdad es que a mí todo eso me daba cierto temor, una sensación de que las dos, Clara y la magia, eran fuerzas que no convenía cruzar, no al menos sin un mediador que pudiera dirigir las, o controlarlas.

En todos aquellos años, la única ciudad que no conocí fue Bangkok. Durante los quince meses que pasaron ahí nunca me invitaron a visitarlos. Casi desde el principio había sido imposible ubicarlos por teléfono y tardaban semanas en responder un mail. Lo último que supe antes del gran silencio fue que Clara estaba embarazada otra vez. Su octavo embarazo. Nada más. Cada tanto me llegaba algún mensaje bastante impersonal, lo imprescindible para no cortar el contacto, y recibí de ellos un regalo para mi último cumpleaños, un perfume. La caja y el frasco (una gota de cristal recubierta por finísimas nervaduras de oro puro) alcanzaban para saber que era algo muy, muy caro. Sin embargo, me resultaba insoportable. Al principio era un aroma cítrico, intenso y agradable, pero no salía ni con agua ni con alcohol, y a medida que pasaban las horas se iba transformando hasta que me recordaba el olor de un perro mojado. En otra época les habría hecho una broma por su pésima elección, pero en ese momento sentía que las cosas no estaban como para hacerles un comentario así, capaz de dejarme al borde de la ofensa. Y eso me llevó a darme cuenta de que en todo aquel tiempo no sólo habían sabido administrar los silencios como para no herirme o darme lugar a hacer algún reclamo, sino que algo fundamental había dejado de existir entre nosotros, como si finalmente hubieran encontrado la forma de estar solos, ellos dos, en las buenas y en las malas, como antes le gustaba decir a Clara de nosotros tres.

Cuando pensaba en el tiempo que llevaba sin saber nada de ellos, también pensaba en que aún no había recibido la llamada de Javier (siempre era él quien llamaba para eso) avisándome que Clara había perdido su nuevo embarazo. Me aferraba a esa idea para reforzar mi hipótesis de que al fin lo habían logrado, de que ya eran padres y que eso no dejaba tiempo ni lugar en sus vidas para nadie más, ni siquiera para mí. Ésa era, en definitiva, la única explicación para nuestro

distanciamiento que me resultaba menos dolorosa, incluso cuando por algún motivo habían decidido no compartir la gran noticia conmigo.

Supe de Mali recién cuando estuvieron de vuelta en Buenos Aires, la tarde en que Clara me llamó para decirme que habían llegado, que tenían ganas de verme, que Javier había renunciado a la empresa para instalarse definitivamente acá y que me esperaban a cenar el próximo sábado. También me dijo que usara el perfume que me habían mandado de regalo y que llevara algo para Mali. Lo del perfume y el regalo no fueron cosas que Clara mencionó al pasar. Se ocupó de moderar el tono de voz y de hacer una pausa antes y después de decirlo para que yo entendiera que eran especificaciones muy claras, casi condiciones, como si verlos dependiera de que yo cumpliera esas dos consignas. Además me hizo jurarle que no le iba a decir a nadie, absolutamente a nadie, que habían vuelto.

Estacioné el auto en la puerta de la casa de Clara y Javier. Llevaba bajo el brazo el gran paquete con el regalo de Mali (una vaca de peluche que hacía «muuu» cuando le apretabas el hocico y que, en ese momento, me pareció una elección estúpida); también me había puesto el perfume, y aunque aún olía a naranjas y ciruelas, sabía que pronto apestaría a perro mojado.

La reja estaba abierta y caminé por el sendero hasta la puerta de entrada intentando descubrir las siluetas de Clara y Javier en las ventanas del frente. Toda la casa estaba iluminada. Toqué el timbre y sentí un vacío en la boca del estómago, como una ligera náusea.

–¿Trajiste el regalo? –Era la voz de Clara. Me estaba hablando a través de la puerta cerrada.

Le dije que sí, dirigiéndome a la oscuridad de la mirilla.

–¿Qué es?

–Un muñeco de peluche. Una vaca. –Estuve a punto de reírme. Quería creer que Clara estaba en medio de uno de sus juegos.

–¿Y el perfume?

–Limpia y perfumada –respondí.

Clara entreabrió la puerta y me pareció que olfateaba el aire, o a mí, en realidad, como si ella fuera su propio perro guardián.

–¿Estás bien? –le pregunté entonces, mientras Clara abría la puerta sólo lo justo para dejarme entrar.

–Sí –me respondió, y era cierto.

Clara estaba increíblemente hermosa, pero de una forma inquietante, porque me recordó a la adolescente que yo había conocido antes de los viajes, antes del accidente, antes de los hijos muertos, incluso antes de Javier. Tenía otra vez el pelo rubio muy corto y usaba un largo vestido blanco que le cubría también los brazos y la base del cuello, a pesar de que afuera, y adentro de la casa, hacía calor. Estaba tan hermosa que era incómodo mirarla, porque era como estar delante de algo fabricado y corregido hasta la perfección, como una animación o un holograma. Por un momento pensé en que definitivamente los tratamientos de belleza, cuando se tiene tiempo y plata, pueden hacer milagros.

Di un paso adelante como para intentar un beso o un abrazo, pero Clara se movió rápido: me sacó el regalo de las manos y retrocedió, luego me rodeó para cerrar la puerta detrás de mí. Y entonces pude ver a Mali. Había estado escondida detrás de Clara.

Era una nena, no un bebé, una nena que parecía de unos seis años. ¿Cómo era posible que ésa fuera la hija de Clara y Javier? Entonces me dije que la habían adoptado, que al fin Clara se había

decidido a contemplar otras alternativas. Busqué con la vista a Clara esperando que dijera algo, pero Clara no me estaba mirando a mí sino a la nena, y sonreía con una expresión que era una mezcla de alivio y ternura. Mali tenía el pelo largo y lacio, casi azul de tan oscuro; la piel era marrón, como si la hubieran untado con pomada para zapatos. Sus ojos eran negros y brillantes. Llevaba un vestido de algodón rosa y unos zapatitos blancos impecables, pero debajo estaba sucia: vi manchas de barro en los brazos y el cuello, y tenía las uñas largas y mugrientas.

Clara dijo mi nombre y el de Mali para presentarnos. Y la niña sonrió. Fue tan escalofriante como si hubiera visto sonreír a un gato. Dijo algo en un idioma que no reconocí, un idioma cerrado y gutural que me hizo pensar que no estaba hablando sino gruñendo. Todo en ella hacía pensar en un animalito salvaje.

–Quiere que la abracés –tradujo Clara.

Mali había estirado los brazos hacia adelante y sostenía esa sonrisa en su cara. Me agaché para quedar a su altura y me dejé rodear por los bracitos de la nena. Ella me agarró con fuerza mientras enterraba la nariz contra mi cuello y entre mi pelo. Estaba olfateándome, como lo había hecho Clara antes. Cuando al fin me soltó, la nena ya no sonreía sino que resoplaba por la nariz y miró a Clara con un gesto que no supe si era de decepción o de enojo. Di un paso atrás y Clara me agarró fuerte del brazo.

–Vas a estar bien –me dijo. Su voz sonaba tan joven como ella. Entonces me abrazó y me miró a los ojos–. Te extrañamos tanto. –Y yo al fin pude ver algo de Clara en Clara.

Me condujo hasta la cocina-comedor. No había estado nunca en esa casa, pero reconocía el gusto de Clara en los sillones de cuero y las cortinas de telas finísimas y sin estampa, en las aberturas y pisos de madera sin plastificar, en los veladores encendidos en puntos estratégicos para que todo luciera cálido y hogareño. Pero había algo distinto. Afuera el aire olía a verano, a jazmines y humedad y fuego. Adentro olía a papeles mojados, a vapor, a leche rancia y huevos duros. Me tapé la nariz disimuladamente.

Cuando llegamos a la cocina, Mali ya estaba ahí, sentada en cuclillas sobre la mesa. Javier nos daba la espalda para controlar varias ollas que hervían a la vez sobre las hornallas.

–Javi –dijo Clara para llamar su atención.

Javier se dio vuelta y me miró con una enorme sonrisa. También parecía más joven. Con dos pasos ágiles ya estaba a mi lado, abrazándome con fuerza y diciendo:

–Qué alegría, qué alegría... –Su voz sonaba tan sincera que no pude resistirme y le devolví el abrazo en silencio.

Por encima del abrazo de Javier, pude ver que Clara le daba el paquete con mi regalo a Mali, y que ella lo abría con dos zarpazos. Sostuvo la gran vaca de peluche a la altura de sus ojos y la miró con curiosidad, acercó su cara a la de la vaca, quizá para olerla, como había hecho conmigo, presionó con su nariz el hocico y la vaca hizo un fuerte «muuu». La nena dio un chillido agudo y soltó el peluche con espanto.

Yo me sobresalté, pero Clara y Javier se quedaron tiesos, mirándola como si temieran que la nena fuera a explotar o a prenderse fuego de la nada. Pero Mali giró la cabeza para mirarme, luego miró al inofensivo peluche tirado en el piso, y empezó a reírse. Sus carcajadas eran agónicas, un ruido más parecido al de un niño con un ataque de asma que al de uno feliz. Clara y Javier volvieron a respirar.

Entonces una de las ollas comenzó a desbordar agua espumosa y Javier corrió a apagar el fuego. De la olla fue sacando huevos duros que ponía a enfriar bajo el chorro de agua fría. Sacó

más de una docena. Clara había agarrado la vaca de peluche y le preguntó algo a Mali al oído, que la nena respondió haciendo que sí con la cabeza.

–Está muy agradecida, en serio –dijo Clara abrazando el peluche–. Voy a guardarlo y ya vuelvo.

Se dio media vuelta y salió, dejándome sola con Javier, que no dejaba de mirarme y sonreír en silencio, y con la nena, que se puso a comer con desesperación los huevos duros que Javier iba pelando y alcanzándole.

–¿Están bien? –pregunté, más que nada para romper el silencio incómodo.

–Algo así –dijo él–. Acostumbrámonos.

Y ahí estaba, una típica frase de Clara en boca de Javier. Ellos, que siempre habían logrado ser dos individuos a pesar de todos los años que llevaban juntos, empezaban a hablar igual. Pero con él no iba a caer en la trampa de actuar como si le hubiera entendido lo que había querido decir.

–¿Acostumbrándose a qué? –pregunté, y con la cabeza señalé a Mali, que sin prestarnos atención seguía acuclillada sobre la mesa y comía los huevos como si fueran choclos, agarrándolos con las dos manos y dando pequeños y rápidos mordiscos.

–Dale vos –me dijo entonces, supongo que para desviar la charla, y me alcanzó una jarrita con leche que había estado en otra de las hornallas.

–Se va a quemar.

–Está bien así.

Yo agarré la jarrita con un repasador y la deposité sobre la mesa, a unos centímetros de Mali. La nena dejó un huevo a medio comer y se abalanzó sobre la leche, tomándola directamente de la jarra a grandes sorbos.

–Javier, ¿qué es esto? –dije señalando a la nena.

Él me miró a los ojos y me di cuenta de que estaba confundido, como si realmente no entendiera de qué le estaba hablando.

En ese momento, Clara entró a la cocina.

–Esto es mi hija –me dijo con tono severo.

Javier la miró como disculpándose. Pero ella pasó rápido entre nosotros y levantó en brazos a Mali, que se dejó alzar con docilidad.

–Voy a llevarla a su cuarto.

Mali me miró por encima del hombro de Clara y me sacó la lengua.

–Tenés que entenderla –dijo Javier.

Limpio los restos de huevo duro de la mesa, guardó la jarrita de leche en la heladera y abrió una botella de vino. Me senté frente a él, intentando parecer calmada incluso cuando era consciente de que ése era el momento para sacar algo en limpio. Si estaba solo, Javier era más franco, o más vulnerable.

–Tenemos mucho para charlar –le dije mientras él me alcanzaba una copa.

–Nunca habíamos pasado tanto tiempo sin vernos, ¿no?

–Más de un año –dije.

–Sí –dijo Javier, mientras servía vino en nuestras copas–. Más de un año.

–No sé nada de Bangkok –le dije para empezar a tantear el terreno–. No me contaron casi nada en todo este tiempo. Ni siquiera supe lo de Mali hasta hace unos días...

Javier me miró por encima de su copa, sorprendido.

–Pero Clara me dijo que vos sabías todo. Te escribía todo el tiempo –dijo.

Yo negué con la cabeza.

–Entonces, ¿no sabés nada?

–Nada.

–¿Y qué hacés acá? –preguntó levantándose de golpe, como si lo hubiera encontrado haciendo algo malo.

–Clara me llamó cuando llegaron, hace unos días, y me invitó a venir.

–¿Cuándo te llamó?

–El lunes, creo...

–¿Este lunes?

Dije que sí, y él empezó a moverse nervioso, mirando detrás de mí como si buscara a Clara antes de decir ninguna otra cosa, como si yo, de pronto, me hubiera convertido en alguien que podía hacerle daño. Las hornallas seguían prendidas y la leche que hervía en una olla se desbordó y apagó una de las llamas. La cocina pronto empezó a oler a gas. Javier, como un adolescente torpe, en lugar de apagar el gas y abrir la ventana, se preocupó primero por sacar la olla del fuego, lo que hizo que se quemara con el asa, soltara la olla en el aire y desparramara leche hirviendo por todo el piso. Entonces le preocupó la leche derramada, mientras el gas seguía cargando el aire. Me levanté para ayudarlo pero él gritó:

–¡Puedo solo!

Y entonces sí, logró poner las cosas en el orden correcto. Dejó el trapo con el que estaba limpiando, apagó la llave del gas y abrió de par en par las dos ventanas de la cocina. El aire se enfrió de golpe y yo respiré hondo.

Él estaba de rodillas en el piso, limpiando la leche con un trapo. Sólo conseguía empeorar todo, pero insistía con eso; era evidente que prefería hacer cualquier otra cosa antes que hablar conmigo. En ese momento volvió Clara, que vio lo que había pasado y se agachó junto a Javier. Él se largó a llorar en cuanto la tuvo cerca y Clara lo abrazó, acariciándole el pelo mientras le pedía que se calmara. Y yo me sentí una intrusa. Alguien incapaz de entender lo que estaba viendo y que por eso mismo no era digna de ser testigo. Javier lloraba desconsoladamente. Y Clara actuaba como si aquella no fuera la primera vez que Javier se portaba de esa forma. Había algo mecánico en sus gestos de consuelo. Como si ya no necesitara concentrarse en lo que hacía o prestarle atención a lo que estaba pasando para saber cómo actuar y, en todo caso, saber cuándo detenerse.

–Tranquilo. Tiene el perfume, ¿sentís? –dijo señalándome con la mirada–. Y funcionó, ¿no? Ella está segura. Nos habríamos dado cuenta si no funcionara –agregó, y le guiñó un ojo, como si acabara de hacerle un chiste.

–¿Segura de qué...? –intenté interrumpir.

Pero Clara y Javier estaban fuera de mi alcance.

–No le dije nada antes porque no lo iba a entender –siguió Clara–. Y no te dije nada a vos porque sé cómo te preocupan. –El llanto de Javier empezó a sonar más como hipos aislados; respiraba agitado pero ya sin lágrimas, y Clara aflojó un poco el abrazo–. Las dos te preocupan, ¿verdad? –Clara estiró una de las mangas de su camisa para secarle una última lágrima–. Está todo bien.

–Pero ¿y si no puede? –preguntó Javier.

Clara sonrió con ternura.

–Va a poder.

Todo ese tiempo, yo me había quedado inmóvil en mi silla, mirándolos, como aquella vez en que se pusieron a quemar la alfombra del living. Y, como aquella vez, ellos de pronto salieron de donde fuera que habían estado y me miraron como si acabaran de descubrirme.

–Perdón –dije. Pero no sabía por qué me estaba disculpando.

Clara me hizo un gesto con la mano para decirme que no me preocupara y Javier se limpió la cara con el mismo trapo sucio con el que había estado fregando el piso. Su cara se volvió una máscara sucia y blanquecina. Clara lo besó en la frente y le preguntó si estaba mejor. Javier asintió avergonzado y se levantó para enseguida agarrarla de las manos y ayudarla a incorporarse.

Con Javier más tranquilo, Clara pareció encontrar el momento para dedicarse a mí, y me invitó a seguirla. Caminamos en silencio hasta el living. Clara al frente, llevando a Javier de la mano, y yo unos pasos detrás, en silencio, porque ya no se me ocurría ninguna pregunta que me ayudara a entender todo lo que había visto desde que había entrado en esa casa.

–Sentate –me dijo Clara mientras se acomodaba en el gran sillón de cuero.

Me senté frente a ella, en un silloncito que estaba pegajoso y olía a humedad. Javier se acomodó en el piso, con las piernas cruzadas y mirándome fijamente.

–Vos sabés todo, no tengo que empezar desde el principio. Y lo importante, en todo caso, es que entiendas que nosotros quisimos esto, que estamos felices, ¿no, Javi? –Javier me dijo que sí con un gesto–. Quizá tendríamos que haber pedido ayuda, pero preferimos hacerlo nosotros. No sabíamos si alguien más iba a estar dispuesto a llegar hasta el final...

–¿El final de qué?

–Todo tiene un límite –dijo entonces Clara, inclinándose un poco hacia mí, como si lo que estaba a punto de decirme empezara a formar parte de un secreto–. Nosotros pagamos y ya no era justo seguir aceptándolo. Y decidimos que ya era suficiente... Siete hijos. Siete. No estaba dispuesta a dar ni uno más, ¿entendés?

–Mali...

–De muchas maneras a Mali la conseguimos nosotros –dijo Clara–. Y de todas esas maneras Mali es hija nuestra. Nuestra.

–Pero no está bien.

–Es un poco más complicado que eso –dijo Clara.

Ésa es la última frase que recuerdo, porque a partir de ese momento nada tuvo demasiado sentido. De pronto fue como estar frente a dos Claras, una que intentaba decirme exactamente qué había pasado, qué habían hecho, y otra que hacía lo imposible por distraerla de su objetivo. Javier no me sacaba la vista de encima. En ningún momento intenté interrumpirla. Por un lado pensaba que si me quedaba en silencio quizá se olvidara de que me estaba hablando a mí y finalmente diría algo concreto, y por otro lado me resultaban fascinantes las curvas y digresiones y retornos de su discurso. Hasta que empecé a sentirme embotada, como si me hubieran estado hipnotizando. Sentía que me pesaban las manos, las piernas, los párpados, y una mancha blanca aparecía y desaparecía de mi vista. Al mismo tiempo, se me habían pasado las náuseas y de pronto empecé a tener hambre, muchísima hambre.

Clara hizo una pausa y yo aproveché para pedirles algo para comer.

Clara y Javier me miraron con sorpresa.

–¿Tenés hambre? –preguntó Clara.

Yo dije que sí y los dos empezaron a reírse. Parecían realmente aliviados. Dos locos aliviados y felices.

–¡Excelente! –festejó Clara–. Eso es excelente.

Le hizo una seña a Javier y él corrió a la cocina. Por un segundo temí que para aquellos dos la idea de una cena fuera un montón de huevos duros y un vaso de leche. Pero era peor. Javier apareció con una enorme bandeja plateada, una de las que solían usar en las imponentes fiestas que daban cuando ellos eran ellos. Había tres copas de vino ya servidas y una fuente de porcelana

con grandes trozos de carne casi cruda, envueltos en unas hojas oscuras como algas nori. Parecía una versión desquiciada de sushi carnívoro. Javier dejó la bandeja sobre la mesa ratona y Clara repartió las copas y propuso un brindis.

–Por Mali –dijo.

A esa altura de las cosas, yo sólo estaba pensando en irme, en salir de esa casa y dejarlos atrás para poder estar sola y llorar a mis amigos. Clara me ofreció uno de los bocados. Aunque hubiera preferido no tocar aquello, los dos se quedaron mirándome y no tuve opción. Además, si ése era el precio que tenía que pagar para terminar con todo, estaba dispuesta a aguantarlo. Me metí la carne en la boca y comencé a masticar. Con cada mordida, la carne soltaba sangre y la cosa verde (que no eran algas) largaba un jugo amargo que me llenó los ojos de lágrimas. Volvieron las náuseas.

–Tragá –dijo Clara con impaciencia.

Tomé un largo trago de vino (que estaba avinagrado) y tragué todo aquello entre arcadas. Clara y Javier volvieron a sonreír, aplaudieron incluso, y yo pensé «basta». Quise levantarme pero me sentí débil, tenía palpitaciones y la espalda empapada de sudor, como si estuviera a punto de desmayarme. Se me nubló la vista pero pude distinguir la cara de Clara, que se había parado frente a mí y me acariciaba la frente.

–¿Ves? –escuché que le decía a Javier–. Ya pasó, ella está afuera...

No sé cuánto tiempo estuve ida. Pero al despertar estaba sola. Me habían recostado en el sillón y me habían tapado con una manta. Tenía un fuerte dolor de cabeza y me ardían la boca, la garganta, el estómago. Junto a mis pies habían dejado mi mochila, donde tenía la billetera y las llaves del auto, a pesar de que, cuando llegué, Clara se la había llevado no sé adónde. Llamé a Clara, a Javier, y no respondió nadie. La planta baja estaba en silencio, pero desde el segundo piso llegaban voces. La casa ahora estaba en penumbras. Sólo había quedado encendida la luz de la cocina, que apenas alcanzaba a iluminar algo del living, y por entre las cortinas cerradas entraba la luz de la calle. Miré la hora. Tres de la mañana. Me incorporé despacio, estaba muy mareada, y caminé hasta el pie de la escalera.

–¡Clara! –grité–. ¡Clara! ¡Javier! –grité más fuerte.

Respiré hondo y empecé a subir tanteando con los pies cada escalón. En la planta alta también estaba todo a oscuras, salvo por una luz tenue que parpadeaba en una de las últimas habitaciones. Avancé por el pasillo en silencio. Me asomé al último cuarto y ahí estaban: Clara, Javier y Mali sentados en el piso. En el fondo había una gran cesta hecha con cañas de bambú y el piso estaba cubierto por una gruesa alfombra verde que me hizo pensar en un jardín artificial.

Mali estaba en cuclillas, agarrando con las dos manos uno de los pequeños pechos de Clara y con los dientes clavados en la carne. Succionaba con fuerza. Clara levantó la cabeza para mirarme y sonrió con dulzura, como si acabara de descubrirla amamantando a un recién nacido. Acariciaba el pelo de Javier, que tenía la cabeza apoyada en su falda y dormía con la cara relajada y la respiración serena de los niños.

Había algo en la luz, en la forma en que caía sobre las caras de los tres, que me hizo dejar a un lado el espanto, el asco, y me provocó cierta emoción. Eran iguales. Los tres. O versiones de un mismo ser.

Clara dejó de acariciar a Javier y extendió esa mano para pedirme que me acercara. Yo estaba

temblando. Caminé despacio hasta quedar junto a ella. Mali apenas levantó la vista para mirarme. Clara le murmuró algo y Mali volvió a concentrarse en lo suyo.

–Te quiero –me dijo Clara en un susurro–, pero tenés que irte.

–¿Qué hicieron? –pregunté, aunque ya no me importaban tanto las respuestas. Habría querido llevármela de ahí a rastras o acurrucarme yo también en su falda y llorar.

Clara sonrió.

–Perdoname que te hice venir, pero necesitaba que la conocieras, que me vieras. Perdoname todo, pero quedate tranquila que tuve cuidado y vas a estar bien. No te va a seguir, y nosotros tampoco. Esto no tiene nada que ver con nadie, no lo hicimos contra nadie. Quiero que sepas eso.

Por un segundo traté de pensar en algo más para decirle, pero enseguida sentí que lo mejor era hacer lo que siempre había hecho con ella: actuar como si hubiera entendido todo.

–No podés hablar de esto con nadie, ni decirle a nadie que volvimos. Y no podés volver nunca más –me dijo.

Mali volvió a mirarme fijamente. Sin dejar de succionar empezó a fruncir la nariz como si otra vez estuviera olfateándome, como si se hubiera olvidado de que ya habíamos pasado por eso y estuviera empezando todo de nuevo. Clara la vio y me dijo:

–Andate.

Y, como yo no reaccionaba, gritó:

–¡Ahora!

Edición en formato digital: marzo de 2017

© Vera Giaconi, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3789-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

VERA GIACONI

Seres queridos




ANAGRAMA
Narrativas hispánicas